COMEDIA FAMOSA.

SABER PREMIAR LA INOCENCIA, Y CASTIGAR LA TRAICION.

DE D. ANTONIO VALLADARES DE SOTOMAYOR.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Emperador Leopoldo I.
El General Dumont.
Enrique, Teniente.
Ricardo, Alferez.
El Mariscal Robinson.
El Sargento Mayor Casterbik.
Atulf, Ayudante.
Cárlos, Capitan Frances.
Roberto, Pescador.
Jorge, Pífano.
Madama Matilde, Madre de Isabela, Dama.
El Sargento String.
Capitanes y Soldados.



JORNADA PRIMERA.

La Escena se representa en las inmediaciones de Landau, cuya Plaza, que ocupan los Franceses, tienen sitiada los Alemanes.

El Teatro representa un salon corto de la casa de Roberto, pobre Pescador, que está en Brusting, inmediato lugar al Exército Aleman, que tiene puesto sitio á Landau, ocupado de los Franceses. La escena estará á obscuras, por ser ántes de amanecer. A un lado habrá algunas redes, y otros instrumentos de pescar. Silla pobre en el medio. Mesa á un lado, y sobre ella una espada. Sale Madama Matilde con trage humilde, y una vela encendida en un candelero de barro, que pondrá sobre la mesa, y diciendo los primeros versos, pasa á la silla, y se dexa caer en ella con desaliento, acreditando sus acciones el profundo sentimiento que ocupa su corazon. A veces suspira lentamente, otras levanta los ojos al Cielo, y otras recoge en el pañuelo las lágrimas que vierte; en cuya lastimosa situacion subsistirá un momento sin hablar. Rompe su silencio un melancólico suspiro, y llena del mismo dolor dice:

Mad. Válgame Dios! La afliccion
que eternamente padezco,
maltrata á mi corazon,
usurpándole el sosiego!
Camina hácia la silla y se sienta.
Ay infelice Matilde!
A ser lastimoso objeto
de las desdichas naciste,
sin que halles jamas remedio!
Ah, mi amado Robinson!

Se levanta como fuera de sí.

Dulce esposo! Mis acentos
escucha. Atiende á tu esposa,
y á tu hija Isabela::- Pero
con quién hablo? Al viento doy
quejas, y las lleva el viento!

Vuelve á ocupar la silla con el mismo dolor, y sale Roberto.

Rob. Madáma Matilde, aun ántes
que del dia los reflexos
nos alumbren, el descanso
dexais con llanto? *Mad.* Ay Roberto!
Quien como yo nació para
padecer, con el tormento
se halla tan bien, que descansa
miéntras está padeciendo.

Rob. Esa es gran temeridad,
y á Dios con ella ofendemos.

Mad. Pero mi situacion::- *Rob.* Es
muy infeliz, lo confieso;
mas de las adversidades
debemos sacar provechos
con nuestra resignacion,
si no todo lo perdemos.
Dios, aquel gran Dios, á quien
nada hay oculto en el seno
de nuestro corazon, sabe
con qué voluntad y zelo
procuro, que mi sudor
produzca vuestro sustento.
Quando entro con mi barquilla
en el mar, levanto al Cielo
la vista y el corazon,
y le digo: En nombre vuestro
mis redes arrojo al agua;
y en vuestra clemencia espero,
que me habeis de dar copiosa
pesca, porque el alimento
no falte á mis pobres amas,
á las que tanto amor tengo.
Con esta súplica humilde
y sincera, en el momento
que á tierra las redes saco,
tanta multitud advierto
de pececillos incautos,
que al paso que saltan ellos
de pena, por contemplarse
fuera del nativo centro,
salto yo de gozo, al ver
conseguidos mis deseos;
pues vendiéndolos, produce
nuestro decente alimento.
Y tan grandes beneficios
de Dios no agradecerémos!
Vamos, levantad, Madama:

La levanta.

Yo os enxugaré esos tiernos
raudales, que vuestros ojos
arrojan. Ved, que no quiero
que á la preciosa Isabela,
hija vuestra, deis tormento,
si advierte vuestra afliccion;
su bondad sabeis; y en viendo
que estais triste, ella se pone
temblando de sentimiento.
Qué virtud la suya! Enrique
el Teniente la ama; y creo,
que si á unirlos llega el Santo
Matrimonio, será extremo
el gozo de ambos, porque
me parece que naciéron
uno para otro, segun
sus iguales sentimientos.

Mad. Solamente esa esperanza
da algun descanso á mi pecho;
pues las virtudes de Enrique,
que harán dichosa contemplo
á mi hija Isabela. O, si
en mi infeliz casamiento
hubiera tenido yo
las dichas que en este espero!
Ah, Robinson mio! *Rob.* Vaya,
Madama, por Dios os ruego,
que abandoneis al olvido
esa pena. Ya ha lo ménos
diez y seis años, que ansiosos
buscamos por todo el Reyno
de Alemania á Robinson
vuestro esposo, y sin efecto.
Ya no nos queda que hacer
cosa alguna. El casamiento
de Isabela con Enrique
dará á estas penas consuelos.
Luego que concluya el sitio,
que á Landau le tienen puesto
nuestras armas, cuya Plaza
defienden con tanto extremo
de constancia los Franceses,

serán en dulce himeneo
estos amantes esposos;
y con este lazo tierno,
serémos todos felices.
Mad. Ay Dios! Y quándo será eso!
Rob. Que quándo será, señora?
dentro de muy poco tiempo.
Mad. Ya ha dos años, que se dice
lo mismo; mas no lo vemos.
Rob. No, Madama, ahora se sabe
que no tienen alimento
los sitiados para un mes;
que los mas se hallan enfermos;
y están nuestros Alemanes
para rendirla resueltos;
y aun á nuestro Emperador
el gran Leopoldo Primero,
dicen que de instante á instante
esperan; y si esto es cierto,
aun mas presto que pensamos
se acabará el sitio.
Tocan léjos tambores y pífanos á Misa.
Mad. El Cielo
lo permita! Pero ya
llaman á Misa estos ecos;
porque nuestro General
es tan Christiano y tan bueno,
que los que á entrar van de guardia,
(que se hace en amaneciendo)
quiere que ántes oigan Misa.
Voy á ella tambien, supuesto
que la vecina Leonora
va siempre conmigo. *Rob.* Y luego
iré yo; porque el trabajo
del dia, no será bueno,
si ántes á Dios no se rinden
en la Misa los respetos
y adoraciones. *Mad.* A Dios.
La puerta abierta la dexo. *Vase.*
Rob. No importa: Casa de un pobre,
está libre de los riesgos,
que producen los que ansiosos
buscan los bienes agenos;
su misma miseria sabe
guardarla. Pero qué veo!
Ya Isabela levantada? *Viéndola salir.*
Señorita, cómo es esto?
Pues por qué el dulce reposo
y el lecho dexais tan presto?
Isab. Ay Roberto! Mal descansa
quien entregada á un perpetuo
dolor, se le representa
con eficacia aun el sueño!
Cómo quieres que descanse
mi corazon? *Rob.* Ya os entiendo.
En acordaros de Enrique,
se os quita el sueño. No es cierto?
Isab. No es cierto, Roberto. Yo
que le estimo no te niego,
pues le miro como á esposo,
como á mi amante y mi dueño.
Mas dime, no hago en amarle
muy bien? Sus merecimientos,
su corazon generoso
no merecen mis afectos?
Dime por Dios lo que sientes.
Rob. Lo que siento? Pues confieso,
que si no le amarais, fuera
no tener entendimiento.
Isab. Pues con tanto como le amo,
no es quien me quita el sosiego.
Rob. No es él? pues qué es otro?
Isab. Es otro::-
Rob. Qué decis? *Isab.* Que es otro acerbo
cuidado, el que despedaza
mi corazon. *Rob.* No os entiendo.
Isab. No me entiendes? Quántas veces
me ofreciste (ah justo Cielo!)
declararme de mi madre
los recónditos sucesos,
y decirme claramente
quién es á quien el ser debo?
Rob. Decis bien: y ese cuidado
os mortifica? *Isab.* En extremo.
Pero dónde está mi madre?
Rob. A Misa fué. *Isab.* Pues te ruego
rompas en esta ocasion
aquel profundo silencio,
que tantas por mí buscadas,
llegó á impedirte el acento.
Dime pues quién es mi madre,
quién mi padre, y qué secreto
ó extraño motivo pudo
privarme de conocerlo,
y traernos arrastrados
por tan diferentes Pueblos.
Rob. En otra ocasion::- *Isab.* Ay Dios!
Con mis lágrimas espero

conseguirlo. *Rob.* Ellas me obligan
á cumplir vuestros deseos.
A vuestra alma prevenid
de terneza y sufrimiento,
para escuchar ciertas dichas,
y tambien pesares ciertos.
Isab. A mi triste corazon,
nada se le hará de nuevo.
Rob. Pues oid. *Isab.* Pendiente está
mi alma de tus acentos.
Rob. Vuestra madre nació en Wormes,
fué su padre y vuestro abuelo,
el Baron de Sutefort.
Deteniéndose con llanto.
Isab. Qué me dices? *Con alegría.*
Rob. Lo que es cierto,
vuestro ilustre y generoso
abuelo, desde pequeño
me crió en su casa; mas,
con qué regalo y afecto!
Qué buen señor! Qué buen amo!
Anegado en llanto.
Madama, seguir no puedo!
Isab. Roberto, alienta por Dios,
y prosigue. *Rob.* Lo pretendo;
mas entorpece á mis labios
el dolor. *Isab.* Pero á lo ménos,
no sabré quién fué mi padre?
Rob. Lo sabréis: El padre vuestro
fué::- el Capitan Robinson.
Isab. Ay Dios! Mi gozo es extremo!
Como fuera de sí de gozo.
Mi padre fué Capitan?
Y murió? *Rob.* No lo sabemos;
porque hace diez y seis años
(que es vuestra edad) que el anhelo
de vuestra madre y el mio
le buscan; mas sin efecto.
Dos años hace venimos,
por este motivo mesmo,
al sitio que nuestras armas
á Landau le tienen puesto.
El Teniente Enrique, aquí
pudo conseguir el veros;
al punto se enamoró
de vuestros merecimientos;
y sin que le contuviese
la miseria en que nos vemos,
ni saber quien sois, llevado
de un amor noble y sincéro,
ofreció ser vuestro esposo
con solemnes juramentos;
y apénas el sitio acabe
lo cumplirá; pues es cierto,
que es el jóven Aleman
mas honrado del Imperio.
No puedo deciros mas.
Vamos, vamos allá dentro,
y compondrémos mis redes; *Tómalas.*
pues despues de oir Misa quiero
ir á mi amado trabajo.
Venid, mas guardad secreto
en lo que os he dicho, pues
ni aun Madama ha de entenderlo.
Pobre muchacha! ya sabe *ap.*
quien son sus padres al ménos. *Vase.*
Isab. Válgame Dios! que el Baron
de Sutefort fué mi abuelo,
y el Capitan Robinson
mi padre? de gozo tiemblo!
Ya no soy infeliz, no;
pues si conozco y advierto,
que ha sido ilustre mi cuna,
es dicha mi abatimiento.
Ay Enrique mio! quando
sepas::- Pero no: el silencio
esta noticia sepulte,
hasta que con fundamento
sepa la razon de estar
en estado tan adverso
mi madre, por qué á mi padre
busca, y por qué en tal extremo
de abandono la dexó
este; porque qué sabemos
lo que á todo esto dió causa?
Mas pues ya duda no tengo
en que ilustres son mis padres,
para qué mas dichas quiero?
Por tan amables noticias,
buen Dios, de piedades lleno,
mi rendido corazon,
ser, vida y alma os ofrezco. *Vase.*
Salen Ricardo, Alferez, y Jorge, Pífano, como rezelándose.
Ric. Por fin, Jorge, se han logrado
mis amorosos deseos,
pues la puerta la encontramos
abierta; mas pisa quedo,

pa-

para ver si de esta dicha
otra nace que apetezco.
Jorg. Ya veis, mi Alferez, que un hombre
soy que cumplo lo que ofrezco,
y que aunque Pífano, siempre
como hombre de honor procedo.
Mas vamos claros: sabeis,
que si llega á saber esto
mi Teniente Enrique, á palos
me hará mudar el pellejo?
Ric. No temas. *Jorg.* Sabeis que él es
de la Isabela cortejo,
y que como yo le asisto,
sé lo que hace malo y bueno?
Ric. Bien lo sé.
Jorg. Sabeis que estamos
de Guardia?
Ric. Pues quién duda eso?
Jorg. Y en la avanzada? *Ric.* Es así.
Jorg. Sabeis que el Teniente nuestro
manda la Guardia, porque
el Capitan está enfermo,
y que en el servicio aquel
es tan exâcto y tan recto,
que no dexará la Guardia
aunque le valiera un Reyno,
por cuya razon aquí
hemos venido? *Ric.* Eso es cierto.
Jorg. Y sabeis que abandonar
la Guardia, como hemos hecho
nosotros, y en la campaña,
es delito el mas horrendo?
Ric. Quieres que lo ignore, Jorge?
Jorg. Pues no os digo mas, supuesto
que sabeis nos quitarán
las tapas de nuestros sesos
á balazos, si el Teniente
nos echa un instante ménos,
y da parte al General;
y mas si sabe que habemos
venido á ver á Isabela.
Ric. Contemplando yo todo eso,
ya dexé bien prevenido,
por lo que ocurra, al Sargento,
y este sabrá disculparme
con Enrique. *Jorg.* Así lo creo.
Pero sabe que yo vine
con usted? *Ric.* No.
Jorg. Eso está bueno:
y quién me disculpará
á mí? *Ric.* Yo: pierde el rezelo,
que ántes que al romper el dia
toquen nos habrémos vuelto.
Jorg. Pero qué pretende usted
con Isabela? *Ric.* Pretendo
hacerla ver, que en las llamas
de su hermosura me enciendo.
Jorg. Pero si ella en las de Enrique
se abrasa, podrá otro fuego
ni aun hacerla se chamusque,
aunque en él ponga los dedos?
Ric. Tal vez llegue á conseguirlo,
si logro mis pensamientos.
Pero ella viene: á la puerta
espera. *Jorg.* Mas salid presto,
que un Pífano de mi fama
morir de un balazo es cuento. *Vase.*
Ricardo se retira al bastidor, y sale Isabela.
Isab. Válgame Dios! mi alegría
no cabe dentro del pecho,
con las noticias amables
que le he debido á Roberto.
Mas quién está aquí?
Viendo salir á Ricardo se sorprehende.
Ric. Preciosa
Isabela, pierde el miedo,
depon el temor. Acaso
no me conoces? *Isab.* Ya veo
que sois Ricardo el Alferez
de Enrique; mas considero,
que á estas horas en mi casa
encontraros no es bien hecho.
Ric. Ni malo tampoco. Halló
la puerta abierta el deseo,
con que esta ocasion buscaba,
y entré. *Isab.* Y á qué?
Ric. A qué? El fuego
que tu belleza ha causado
en mi corazon tan tierno,
no te lo han dicho mis ojos
varias veces? Yo bien creo,
que mi Teniente merece
correspondencia en tu afecto:
mas te amo que él, y lo que él
logra conseguir yo espero.
Isab. Ese modo tan audaz,
tan atrevido y grosero,

(Dios

(Dios mio, temblando estoy!) *ap.*
ni le escucho ni le entiendo.
Salid de mi casa al punto,
ó llamaré::- *Ric.* Espera. Siento
que así te irrites; mas ya
que tan propicio contemplo
al destino, que me ofrece
esta ocasion, yo no puedo
dexar de hacer que útil sea
al bolcan en que me enciendo.
Y así permite::-

Se dirige á ella, la ase de un brazo con violencia: ella se desprende con sobresalto, y sale Roberto.

Isab. Traidor,
qué quieres hacer? *Rob.* Qué es esto?
Pero qué miro? El Alferez *ap.*
Ricardo aquí?
Isab. Ah, justos Cielos! *Temblando.*
Rob. Qué es esto, Isabela?
Isab. Ay Dios!
Con mi sorpresa no acierto
á mover mi labio! *Rob.* Hablad:
no temais: cobrad aliento;
pues á vuestra vista estoy.
Isab. El Alferez desatento,
que halló nuestra puerta abierta,
entró aquí, y quiso::- *Rob.* Lo entiendo,
pues mas que vuestra expresion,
lo dice ese sentimiento.
Señor Alferez, y es propio
del decoro y del respeto
de ese trage, proceder
con tan grande atrevimiento
en una casa de honor
como es esta? *Ric.* Vete luego
de aquí, que á hombres como tú,
no debo satisfacerlos.
Rob. Qué es irme, quando reparo
vuestra torpeza y exceso?
Si la humanidad me manda,
que sacrifique mi aliento
por defender la inocencia,
y la de Isabela advierto
aquí por vos perseguida,
cómo irme y dexarla puedo?
Ric. Me conoces, vil? No sabes
soy un Alferez? *Rob.* Lo veo,
y os conozco bien: mas creed,
que el llamarme vil, advierto
os hace mas vil á vos.
Isab. Que os vayais, por Dios, os ruego.
Ric. Cómo me he de ir, sin dar ántes
justo castigo á este viejo
con la espada?

La saca, é Isabela le detiene.

Isab. Qué haceis? Madre!
Rob. Callad, que aquí yo otra tengo,
y emplearla sabré.

Toma la espada que estaba sobre la mesa, y se presenta á Ricardo.

Ric. A mis iras,
infame, muere.

Embiste á Roberto, y se baten.

Isab. Roberto::-
Señor Ricardo::- Por Dios::-

Roberto desarma á Ricardo, le pone su espada al pecho, y se queda suspenso.

Rob. No os movais, ó vuestro pecho
será de esta espada vayna.
Mirad como el justo Cielo
á la inocencia protege!
Vil me llamasteis; y es cierto
que si lo fuera, os quitara
la vida; mas yo procedo
como proceden los hombres
que tienen buen nacimiento.
Cobrad la espada y marchad;
pero primero os advierto,
que un Alferez contra un hombre,
solo es un hombre. Idos presto.
Ric. Corrido estoy! Que un villano *ap.*
me haya así rendido! Ah Cielos!

Levanta la espada.

Mas ya que me hallo otra vez
con la espada sabré::- Pero
al romper el dia tocan!

Al ir á acometer á Roberto, tocan léjos Tambores y Pífanos al alboreada, y Ricardo se suspende sobresaltado.

Si acaso me ha echado ménos
el Teniente, soy perdido!
Correré por ver si puedo
á tiempo llegar! Me voy;
mas castigarte prometo.
A Dios, ingrata, que has sido
causa de mi menosprecio. *Vase.*
Rob. Cobraos, amada Isabela.

Isab.

Isab. Ah, generoso Roberto!
A no haber sido por ti::-
Rob. Por mí? No señora. El Cielo,
que dió el impulso á este brazo,
supo inspirarle el esfuerzo.
Isab. Temblando estoy! Sabrá Enrique::-
Rob. Qué ha de saber? Nada de eso.
Estos casos, del que debe
ser vuestro esposo, el silencio
ha de guardar siempre, pues
lo contrario era fomento,
ó para perderse Enrique,
ó tal vez para perderos.
Alumbradme, cerraré
la puerta; que ahora contemplo,
que en la casa pobre, y mas
con una belleza, hay riesgo
mas grande en dexarla abierta,
que la que guarda el dinero.
Isab. Aun el temor me combate!
Rob. Venid, que piadoso el Cielo
nos ampara. *Isab.* Sus bondades::-
Rob. Y sus benditos efectos::-
Isab. Den á nuestros corazones
gusto, paz, dicha y consuelo.
Se entran, llevando Isabela la luz. Selva corta, con la Tienda de Campaña de Enrique. En ella una centinela, paseándose lentamente. Salen el Sargento y tres Soldados, haciendo uno de Cabo, el qual mudará la centinela, y se va con los demas.
Sarg. Mude usted, Cabo de Esquadra,
las centinelas. *Cab.* Lo mesmo
iba, mi Sargento, á hacer.
Sigan ustedes.
Muda la centinela, y vase.
Sarg. No puedo *ap.*
sosegar, porque el Alferez
no parece, y yo no debo
disculparle, si el Teniente
sale, y le llega á echar ménos.
Tambien el Pífano falta.
Ya sale el Teniente. Tiemblo
al descubrir un delito
tan grande!
Sale Enrique por la Tienda.
Enr. Señor Sargento,
ha habido en la Guardia alguna
novedad? *Sarg.* Aun no le veo!
Aparte con mucho sobresalto.
Mi Teniente, no ha ocurrido
otra cosa, que::- *Enr.* Qué es eso?
Está usted sobresaltado.
Sarg. Mi Teniente::- Yo no puedo *ap.*
ocultar este delito,
ó en él tambien me hago reo.
Enr. Qué dice usted?
Sarg. Que el Alferez
Ricardo, ya ha mucho tiempo
que la Guardia abandonó.
Enr. El Alferez? Y no ha vuelto?
Sarg. No señor.
Enr. Se ha hecho acreedor
á la última pena!
Sarg. Es cierto.
Tambien el Pífano falta.
Enr. Hay mayor atrevimiento!
Quién lo sabe mas que usted?
Sarg. Nadie.
Enr. Muy bien: lo celebro.
Si ántes de mudar la Guardia,
que por fuerza ha de ser presto,
vuelven, parte no daré:
mas si tardan, no hay remedio.
Hablan aparte Enrique y el Sargento, y salen al bastidor Ricardo y Jorge.
Jorg. Yo estoy temblando, mi Alferez,
porque ya falta hemos hecho
por detenerse usted tanto.
Si ha dado parte el Sargento
á nuestro Teniente, y este
al General, ya podemos
en remojo echarnos. *Ric.* Calla,
porque al Teniente allí advierto,
que con el Sargento está.
Interin yo llego á ellos,
ve tú por el otro lado
al Cuerpo de Guardia; pero
no digas fuiste conmigo.
Jorg. Lo haré, sino hubiese riesgo
en que perezca mi vida:
mas si le hay, no podré hacerlo;
porque en diciendo, que usted
ir me mandó, quedo absuelto;
pues no yerra si obedece
á su Xefe el subalterno. *Vase.*
Sale

Sale Ricardo.

Ric. Buenos dias, mi Teniente.

Enr. Téngalos usted muy buenos, *Muy serio.*
señor Alferez. Usted *Al Sargento.*
haga esté todo dispuesto
para entregar nuestra Guardia.

Ric. Nada sabe. *ap.*

Sarg. Os obedezco.

Enr. Si el Pífano ántes volviese,
avise usted al momento.

Sarg. Bien está. *Vase.*

Ric. Todo lo sabe! *ap.*
Pero quién creerá, que siendo
tan criminal mi delito,
es mucho mas lo que siento
no haber dado muerte á aquel
vil Pescador!

Enr. Yo resuelvo *ap.*
no dar parte; pero haré
que les sirva de escarmiento,
al Pífano castigando,
y al Alferez reprehendiendo.
Diga usted, señor Alferez,
quánto ha que sirve?

Ric. Lo ménos
doce años. *Enr.* Pues yo me admiro
de que no haya en tanto tiempo
podido enseñar á usted
su obligacion.

Ric. Ya comprehendo
lo dice usted porque::- *Enr.* Porque
no la sabe. Y me avergüenzo
de que sea Alferez mio,
quien mira con tal desprecio,
como usted, al Real Servicio.
Hallarse de Guardia, siendo
en la avanzada, á la vista
del enemigo sangriento,
y la Guardia abandonar?
Este delito, este exceso
tan enorme, sabe usted
que le hace de muerte reo
por la Ordenanza? Qué rienda
podrán tener con su exemplo
los Soldados? Si á usted miran,
que quebranta los preceptos
militares de este modo,
cómo han de observarlos ellos?
Este crímen le hace digno
de perder la vida; pero
yo que debiera dar parte,
lo omito: bien sé que en esto
á mi obligacion tambien
falto; mas este defecto
la humanidad me le inspira,
y de ella arrastrarme dexo.
Cumplid en lo sucesivo
como es justo; pues si advierto
igual falta otra vez, crea
que será su fin funesto.

Salen el Sargento, y Jorge detras haciendo muchos extremos de temor.

Sarg. Aquí el Pífano está ya.

Enr. Que llegue.

Jorg. Si á vos me llego,
no me sufriréis. *Enr.* Por qué?

Jorg. Porque tanto temor tengo,
que él ha hecho que en mis calzones
una obra mala haya hecho.

Enr. Tú abandonar te atreviste
la Guardia! *Jorg.* Yo lo confieso,
mi Teniente; mas::- Hablad,
ó hablaré yo. *Ap. á Ricardo.*

Enr. En el momento
haga usted que se le den
cincuenta palos bien recios.

Sarg. Se hará así.

Jorg. Cincuenta palos?
solo de escucharlo tiemblo!
Discúlpeme usted, mi Alferez.

Ric. Calla. *A él aparte.*

Jorg. Que calle? esto es bueno, *ap.*
quando con cincuenta palos
me harán mudar el pellejo.

Enr. Llevadle de aquí.

Sarg. Venid. *Asiéndole.*

Jorg. Mi Teniente, por aquellos
Mártires Soldados que *De rodillas.*
á garrotazos muriéron,
que os compadezcais de mí.

Enr. Llévele usted. *Sarg.* Venid presto.

Jorg. Mi Alferez, ved::- *Llevándole.*

Ric. Ves, que yo
me quedo aquí á componerlo.

Jorg. Si ántes me dan los cincuenta
me dexarán bien compuesto.

Se le lleva el Sargento.

Ric. Tanto vuestra reprehension,
mi Teniente, os agradezco,
que ofrezco en lo sucesivo
dexar mi honor satisfecho.
Y es verdad, pues buscaré *ap.*
quantos arbitrios y medios
pueda por vengarme de él,
y del Pescador Roberto.
Enr. Que os sirvan mis advertencias
es solo lo que deseo,
señor Ricardo. Isabela, *ap.*
como eres el dulce centro
á quien mi alma adora, todo
sin tu presencia es tormento.
Tocan algo léjos marcha tambores y pífanos.
Ya á mudarnos vienen: vamos.
Permitid, ó justos Cielos! *ap.*
que este sitio acabe pronto,
para que en dulce himeneo
consiga con mi Isabela
ternezas, dichas y obsequios.
Ric. A meditar mi venganza
desde este instante comienzo. *Vanse.*

Selva larga con tiendas de campaña á uno y otro lado, una superior á todas á la izquierda, que es la del General. En el foro se vé á la derecha la Ciudad de Landau rodeada de murallas, y sobre ellas centinelas á distancia proporcionada. Al lado izquierdo se verán los ataques, trincheras y parapetos de sitiadores Alemanes. Por la tienda del General sale este con algunos que se suponen Capitanes, el Sargento Mayor, el Ayudante y algunos Soldados, que representan la Guardia del General.

Ayud. Estos, señor, son los partes
de las Guardias. Por extenso
lo que esta noche ha ocurrido,
á Vuecencia expresan.
Le da algunos papeles.
Gen. Lleno *Despues de haber leido.*
estoy cada vez de mas
admiracion, conociendo
la situacion infeliz
en que á los sitiados vemos,
y la gloriosa defensa
que haciendo están. Considero,
que es la desesperacion
la que los anima, y esto
hace que cada Frances
sea un Scipion y un Ector.
May. Así es, señor. *Ayud.* Pero ya
rendirla es crédito nuestro.
Gen. Dice usted bien, Ayudante.
Nuestro Emperador excelso
en rendirla se ha empeñado;
y las voces que corriéron
de que á este sitio venia
su augusta persona, espero
que tal vez dentro de poco
acreditadas verémos.
May. Nuestro Emperador vendrá?
Gen. Sí, señor Mayor, y quiero
que con el mayor cuidado
todo el Campo esté dispuesto.
Vamos á reconocer
ataques y parapetos,
porque tal vez será fuerza
que hoy mismo el asalto demos.
Se van de espacio, y ántes de ocultarse salen al bastidor Ricardo y Jorge.
Ric. Espera, que el General,
con el Mayor, y con nuestros
Capitanes allí van.
Ya no nos vén, y deseo
concluyas lo que empezaste
á referirme. *Jorg.* Prometo, *ap.*
que el Teniente ha de acordarse
de los palos que me diéron.
Pues, sí señor mi Teniente,
quando el caso que os refiero
sucedió, que habrá ocho dias,
sobre poco mas ó ménos,
de Guardia fué á la avanzada
sin tocarle, pues para ello,
con el que ir debia, pudo
conseguir cambiarla; y luego
que sus tinieblas la noche
arrojó, ví que Roberto
á verle fué. *Ric.* El Pescador?
Jorg. Sí señor; y con secreto,
que no penetré, los dos
habláron bastante tiempo.
Fuése Roberto, y despues
nuestro Teniente fingiendo,

que iba á ver las centinelas,
se alargó bastante trecho
de la Guardia, hácia la que
fuera de los muros nuestro
enemigo tiene, y llaman
de las dos minas. Dentro
de media hora, poco mas,
á la Guardia volvió inquieto
con el tal Capitan Cárlos,
que es sobrino, segun pienso,
del Gobernador Frances,
que en Landau manda.
Ric. Qué advierto!
A Cárlos traxo consigo?
Jorg. Sí señor, no hay duda en ello;
le pude ver al entrar,
y como visto le tengo
tantas veces, que ha venido
á tratar la paz con nuestro
General, le conocí.
Y aun la última vez me acuerdo,
que el Teniente le trató
con arrogancia y desprecio.
Ric. Así fué; pero seria
eso entre los dos convenio,
para mas bien encubrir
su traicion. *Jorg.* Y lo compruebo
con lo que falta. Los dos
en el quarto se metiéron
del Teniente al punto, y la
puerta cerráron por dentro.
Mas de dos horas allí
estuvieron. Su silencio
fué tal, que á la cerradura
apliqué mi oido; pero
ni una voz pude escuchar.
En fin, pasado este tiempo,
saliéron, y Enrique fué
con él; mas volvióse presto.
Yo de todo esto juzgué
muy mal, y mi pensamiento
lo llegué á justificar;
porque ántes de ayer le diéron
un pliego á Enrique los que
á parlamentar viniéron
de la Plaza: él le leyó,
y guardó: mas presumiendo
yo, que esta correspondencia
nada tenia de bueno,
ví se le entró en el bolsillo,
y á la noche con secreto
se le saqué, y le leí;
y aunque es torpe mi talento,
para estas cosas, hallé
que lo que pensé era cierto.
Ric. Y ese pliego, dónde está?
Jorg. Que dónde está? Aquí le tengo
guardado como si fuera
una alhaja de gran precio. *Sácale.*
Vedle. *Ric.* Mi alegría es tanta *ap.*
que apénas á leer acierto.
Lee. Mi amigo, y señor Enrique,
á los favores que os debo
viviré reconocido
eternamente. Yo espero
me cumplais vuestra palabra,
sepultando en el silencio
lo que me jurasteis, hasta
que llegue el propicio tiempo
para que en él los Franceses
sepan les dais lucimiento;
y agradecer pueda siempre
vuestro honor y vuestro esfuerzo.
Vuestro fiel amigo = Cárlos.
Hoy veinte de Julio. Cielos, *ap.*
llegó mi venganza! Jorge,
esta carta, y con secreto
haber traido hasta su guardia
al Capitan Frances, cierto
hacen de Enrique el delito.
El inhumano, el perverso,
al enemigo intentaba
entregarnos. *Jorg.* Yo lo creo.
Ric. Y de todo esto sin duda
será cómplice Roberto
el Pescador. No es verdad?
Jorg. Por Dios, que ahora caigo en ello:
cómplice es. *Ric.* Así es preciso
lo digas con juramento.
Jorg. Lo diré como sospecha;
mas como verdad no puedo.
Ric. Por qué? *Jorg.* Porque no lo sé.
Ric. Pues lo has de hacer sin remedio,
ó experimentar mis iras.
Jorg. Iras? No: yo ofrezco hacerlo.
Pero nuestro General
y demas Xefes advierto
que aquí se acercan. *Ric.* Pues vete,
que

que yo te informaré luego
de todo. Pero cuidado,
que sepas guardar secreto.
Jorg. Para eso no tengo igual:
callaré mejor que un muerto.
Mi Teniente con los palos *ap.*
ha echado un lance muy bueno.
Vase, y salen el General, el Mayor, Ayudante y Capitanes.
Gen. Todo está como mandé.
Y los Soldados comprehendo,
que avanzarán á Landau,
toda su sangre vertiendo.
May. Sí señor: pero el pillage
debe dárseles. *Gen.* Lo ofrezco.
Ric. Gran señor, una importante
noticia que daros tengo,
y en la que pende, que viva
todo el Exército nuestro,
del Rey el honor, el bien
de nuestra patria, y el vuestro.
Gen. Qué dice usted? *Ric.* La verdad.
May. Confuso y turbado quedo
con la expresion del Alferez.
Ayud. Cielos, qué podrá ser esto?
Ric. En nuestro Exército hay
hoy un traidor encubierto,
que le pretende vender
al Frances. Para su efecto,
en la avanzada una noche
tuvo con grande secreto
una larga conferencia
con Cárlos; por cuyo medio
la traicion se intenta. Hay
quien le ha visto: hay instrumentos
que lo justifican; y hay
quien sabe, que un tal Roberto,
de exercicio Pescador,
cuya casa con extremo
el traidor, señor, freqüenta,
sabe todos los conciertos
abominables y horribles,
que se hacen para vendernos.
Gen. Y quién es ese traidor?
Pues si falta, vive el Cielo,
verdugo que le castigue,
yo mismo llegaré á serlo.
Todos. Decid quién es ese infame?
Ric. Mi Teniente Enrique. *Gen.* Cielos,
Enrique? Ese ilustre jóven
de tanto valor? *Ric.* El mesmo.
May. El Teniente Enrique? *Ric.* Ese.
Ayud. Puede ser; mas no lo creo.
Gen. Y con Cárlos, Capitan
Frances, trata esos intentos
tan viles, Enrique? *Ric.* Así
es, señor. *Gen.* Pues yo me acuerdo,
que la última vez que vino
Cárlos á exponerme aquellos
partidos para la paz,
que desprecié por violentos,
le trató Enrique de modo,
que á no ser por mi respeto
y mi autoridad, hubiera
hecho con él un exceso.
Ric. Para ocultar la traicion,
eso los dos dispusieron.
Gen. Puede ser; pero ese jóven
siempre fué honrado en extremo;
y nuestro Rey le ama mucho,
porque en el pasado encuentro
con los Franceses, le dió
la vida; pues prisionero
le llevaban, y su brazo
un corto esquadron rompiendo,
á costa de cinco heridas
en cabeza, espalda y pecho,
le arrebató de sus manos,
y su nombre le hizo eterno.
Ric. Pues ese propio, señor,
es un traidor. Yo os ofrezco,
ó justificarlo, ó
perder mi cabeza. Entrego
en esta carta á Vuecelencia
la cabeza del proceso.
Le da la carta, la lee para sí con mucho sobresalto, y despues dice:
Gen. Válgame Dios! Claramente
el crímen horrible advierto
de Enrique! Señor Mayor,
Le da la carta.
forme usted la causa luego,
como en Campaña se estila.
Ayudante, en el momento
prended al Teniente Enrique
y al Pescador. Cruel tormento!
Ayud. En el instante, señor,
cumpliré vuestros preceptos. *Vase.*

 May.

May. Aunque quiero mucho á Enrique,
morirá si le hallo reo. *ap.*
Gen. Vaya usted, y los testigos
exâmine. *May.* Ya obedezco
á Vuecelencia. *Gen.* Y en tanto
dolor::- *May.* En tanto tormento::-
Ric. Y en tanta alegría::- *Gen.* Dadnos
luz y favor, justo Cielo. *Vanse.*
Salon pobre de la casa de Roberto: sale Isabela con labor, se sienta en una silla y cose.
Isab. Amado Enrique mio,
á quien mi fiel terneza
ama, adora, idolatra
amante, fina, cariñosa y tierna:
Quándo será aquel dia
en que tu esposa sea,
para que á nuestras almas
el casto fuego de himeneo encienda!
Qué amor tan fiel el tuyo!
Mi situacion funesta,
y no saber mi orígen,
debiéndole apagar, mas le acrecientan.
Pero ya tarda: ya
le habrán mudado: espera,
corazon fatigado,
no te consuma así lo que deseas.
Mas el traidor Alferez::-
Pero por qué me acuerdas,
memoria mia, tanta
amargura, si en tantas dichas piensas!
Válgame Dios! El sueño
con dulzura me cerca,
y embriaga mis sentidos,
aunque en mi Enrique ocupo mis potencias.
Quédase dormida, y sale Enrique.
Enr. Entregué la Guardia: fuí
en el instante á mi Tienda,
y ansioso vengo por ver
á mi adorada Isabela.
La llamaré, que allá dentro
estará::- Pero no es ella?
Sí: dormida está: y qué hermosa!
Zéfiro blando, suspensas
tus suavidades no estén,
porque á tu dulzura duerma
con mas gusto. Llegaré
de espacio. Ay Dios! Qué belleza!
Hermoso encanto del alma,
dulce hechizo del sentido,
que te entregas al olvido
dexando mi vida en calma:
Cómo, si tienes la palma
entre humanas hermosuras,
nos quitas las luces puras,
quando alma son sus despojos
de ese fuego de tus ojos,
dexando así al mundo á obscuras?
Vénus, Deidad poderosa
de la hermosura se vé;
despierta tú, que en mi fe
eres Deidad mas hermosa:
Pero aunque tu luz preciosa
ocultas, yo bien advierto,
que no es proceder incierto,
pues si oculta no la hallara,
al punto que le mirara,
ó quedara ciego ó muerto.
Quien registra al Sol el fuego
quando vibra rayos rojos,
un lienzo aplica á los ojos,
para no mirarle ciego:
Tú te entregas al sosiego,
y de este peligro cierta,
vendas á tu luz la puerta,
para no causar la herida,
siendo Cupido dormida,
y mas que Vénus despierta.
Isab. Quién::- Enrique mio!
Despierta, y levántase precipitada.
Enr. Tuyo
me llamas? Con tal terneza
hechizas mi corazon,
dulce dueño, y me embelesas.
Tuyo soy, tuyo seré,
y de Enrique es::-
Sale Mad. Isabela?
Isab. Ah, madre y señora mia!
Qué me mandais? Mi obediencia,
mi amor, mi respeto, todo
en serviros se interesa.
Mad. Celebro estés tan alegre.
Isab. Puedo yo tener tristeza
á vuestros ojos, señora?
Mad. No; pero parece aumentas,
en viendo al señor Enrique,
tus gustos y complacencias.
Isab. Madre mia, no lo niego;

su vista á mi alma deleyta.

Enr. Señora, dexad que bese
sus pies, por tantas finezas.

Mad. Alzad, señor: vos tambien
cometeis esa demencia?

Isab. Dicen, que si amor no es loco,
es no quererse de veras,
madre mia.

Mad. Y tú te atreves::-

Sale Roberto con las redes.

Rob. Mis redes ya están compuestas,
y voy::- Mas, señor Enrique?

Enr. Amado Roberto, llega,
dame un abrazo. *Rob.* Y el alma
os diera, si mia fuera.

Isab. Si quisiera darle el alma *ap.*
Roberto, si le quisiera
como yo, qué le daria!

Rob. Señorita, estais suspensa:
qué teneis? *Isab.* Mi madre::- Cielos!

Rob. Os ha reñido? Paciencia:
en siendo esposa de Enrique,
os hallaréis mas contenta.

Isab. Yo lo creo. *ap.*

Mad. Que eso digas,
Roberto? *Rob.* Pues hago ofensa
á nadie? *Isab.* Bien dice.

Mad. A Enrique.

Enr. A mí? Antes me deleyta.

Mad. Señor Enrique, escuchadme.
Aunque por vuestras ofertas
estais prometido esposo
de mi hija, haceros quisiera
unos cargos, que tal vez,
si á reflexîonarlos llega
vuestra razon, hallaréis
que en vuestro bien se interesan.
Mirad: vuestro estado, vuestro
nacimiento, vuestra buena
reputacion, que os adquiere
tanta fama, son tan ciertas
felicidades, que muchos
Príncipes carecen de ellas.
Con estas prerogativas,
y las que naturaleza
os ha dado, qué podeis
pretender, que no merezcan
vuestros méritos? Y qué
ha de ser tan indiscreta
vuestra razon, que no aspire
al aplauso, que le diera
establecimiento mas
brillante, que no el que piensa?
Mi hija infeliz, constituida
en un seno de miserias,
qué gloria, qué fama, qué
crédito y honor os diera?
Y así os suplico, busqueis
esposa, que igual os sea,
y que olvidar procuréis
á mi infelice Isabela.

Isab. Ay Dios! Mi madre conspira *ap.*
contra mí! Desgracia inmensa!

Rob. Qué proceder de muger! *ap.*
Lo siento; pero me eleva.

Enr. Madama, admirado quedo
de vuestras voces, porque ellas
son en todo terminantes
contra el honor que me alienta.
Que una esposa rica busque,
y que á Isabela aborrezca
por pobre, decis. Sabeis
quáles son las verdaderas
posesiones? La virtud,
la honestidad, la modestia,
y el temor de Dios. Todo esto
lo encuentro yo en Isabela.
Luego quereis, que unos bienes
de una duracion eterna,
los dexe por otros bienes,
que acaban quando comienzan.
No señora: en vuestra hija
están todas las riquezas
mas recomendables, pues
las que produce la tierra,
aquel las sabe estimar,
que no alcanza á conocerlas.
Sí, Isabela mia, sí:
ratifico mis promesas,
reitero mis juramentos
de ser tu esposo. Esta prenda,

Saca del pecho un retrato.

que en los últimos instantes
de su amable vida tierna
me dió mi madre, diciendo:
que conmigo la traxera
siempre, sea la que afirme
mi palabra; y para que ella

me

me la acuerde cada instante,
quiero que la traigas puesta
sobre tu precioso pecho. *Se la pone.*
Mi bien, vive tú contenta,
que apénas acabe el sitio,
mi amor, mi fe y mi terneza
me verán amante esposo
de mi adorada Isabela.
Isab. Madre, tenedme; que el gozo
hasta sus brazos me lleva.
Rob. Y á mí tambien. Qué virtud!
Mad. Enrique, yo estoy suspensa
con lo que habeis dicho! O, Dios!
Qué alma se iguala á la vuestra!
Dent. Ayud. Entrad todos tras de mí,
y el que se resista muera.
Todos. Qué es esto? *Sorprehendidos.*
Salen el Ayudante y Soldados armados.
Ayud. Señor Enrique,
daos preso en nombre del César.
Enr. A tan supremo precepto
rendida está mi obediencia.
Da la espada al Ayudante.
Ayud. Aseguradle al instante.
Le aseguran los Soldados.
Ese hombre amarrado sea. *Por Rob.*
Isab. Señor::- *Mad.* Señor::-
Ayud. He, señoras,
esos extremos suspendan;
que preceptos superiores
de esta manera se observan.
Isab. Ah, madre mia!
Reclinándose una contra otra.
Mad. Hija amada!
Rob. La turbacion no me dexa
articular las palabras!
Ayud. Ah, qué lastimosa escena!
Enr. Señoras, Roberto, nada
os confunda ni os suspenda,
porque nunca las prisiones,
supo temer la inocencia.
Ayud. A la prevencion llevadlos.
Sabe Dios quanto me pesa! *ap.*
Enr. Isabela, á Dios! *Rob.* A Dios,
señoras! *Isab.* Que se los llevan,
madre mia! Ay, Dios! Corramos
á morir donde ellos mueran.
Mad. Vamos.
Isab. Enrique::- *Corren á ellos.*
Mad. Roberto::-
Rob. Señora mia::- *Enr.* Isabela::-
Ayud. Llevadlos. Me ahoga el dolor! *ap.*
Apartad, señoras. *Mad.* Penas::-
Rob. Lágrimas::-
Isab. Ansias::- *Enr.* Tormentos::-
Isab. En esta ocasion, en esta
desdicha, á mi corazon
dad constancia y fortaleza.

JORNADA SEGUNDA.

Tienda de Campaña magnífica del General, que ocupe toda la Escena. Mesa al frente con rica cubierta, y sobre ella papeles y escribanía, con silla á su inmediacion. Delante de la mesa estarán el General, el Mayor, y el Ayundante.

May. Sí, mi General: Enrique
está confeso y convicto.
Declaró, que tuvo á Cárlos
la noche que los Testigos
han declarado en su Guardia;
y que el Teniente, que vino
ántes de ayer de la Plaza
á tratar del consabido
cange de los prisioneros
nuestros y del enemigo,
le traxo la carta, que es
de Cárlos, y para él mismo.
Y aunque con toda eficacia
muchas veces se le dixo,
que declarase la causa
de haber á Cárlos traido
á su Guardia en la avanzada,
y explicase el contenido
de la carta, por respuesta
dió solamente suspiros.
Gen. Qué, no dió alguna disculpa?
May. No señor, y su delito
el silencio acriminó.
Gen. Es verdad! *Con gran sentimiento.*
May. Tampoco quiso
manifestar quiénes fuéron
sus padres; habiendo dicho,
que es su lugar Witemberg.
Gen. Witemberg! *Con sobresalto.*

May. Así está escrito.
Gen. Qué recuerdos se me ofrecen *ap.*
para aumentar mi martirio!
May. Para el consejo de Guerra
se espera vuestro permiso.
Contra el Pescador Roberto,
no resulta ni aun indicio
de culpa. *Gen.* Pues el Consejo
juzgue á Enrique. *May.* Iré á serviros.
Venid, Ayudante. *Vase.*
Gen. Antes *Deteniendo al Ayudante.*
dad libertad de órden mia
á ese infeliz Pescador.
Si ha de ser executivo
el castigo de la culpa,
por qué no ha de ser lo mismo
el premio de la inocencia?
Ayud. Voy al instante á serviros. *Vase.*
Gen. Que de mí apartar no pueda
á este Enrique! Que ha nacido
en Witemberg, y los nombres
de sus padres no ha querido
declarar! Qué temor puede
obligarle á no decirlos?
Pero qué sabemos? Esto
ni le aumenta su delito,
ni le limita la pena.
Si acaso::- Qué desvarío!
Dulce esposa! En Witemberg
me unió himeneo contigo;
la guerra ocultó este lazo,
prisionero el Turco me hizo,
á los doce años volví,
y ya habia fallecido
mi Enriqueta.
Sale el Ayudante. Gran señor,
de la humanidad los gritos,
me hacen dirija á Vuecencia
los humildes ruegos mios.
Gen. Qué quereis? *Ayu.* Aquella jóven,
que á hablar á Vuecencia vino,
despues de haber preso á Enrique,
y no pudo conseguirlo,
con lágrimas lo pretende,
y que lo logre os suplico.
Gen Que entre.
Ayud. Con quánta alegría,
gran señor, en esto os sirvo! *Vase.*
Gen. Que sabemos lo que quiere
esta pobre?
Salen al bastidor el Ayudante é Isabela.
Ayud. Es muy benigno
nuestro General. Confiad
en su clemencia. *Vase.*
Isab. Dios mio, *Entrando tímida.*
alentad mi corazon,
pues turbado le exâmino.
Gen. Qué quereis?
Isab. Dar á mis ansias
en vuestras plantas alivio.
Gen. Alzad. Qué preciosa que es! *ap.*
me enternecen sus suspiros.
Quién sois? *Isab.* Una desgraciada,
que á llorar solo ha nacido.
Gen. Solo á llorar? Pues yo creo
podeis hacer, que infinitos
lloren por vos. Vuestro nombre?
Isab. Isabela. *Con sentimiento.*
Gen. Es un hechizo *ap.*
de perfeccion. Sosegaos,
esté el ánimo tranquilo,
que yo os favoreceré.
Isab. Que me oigais, señor, os pido.
Gen. Lo haré; pero no lloréis,
porque en mirando un prodigio
de belleza, como vos,
llorar, hago yo lo mismo.
Isab. Señor, el Teniente Enrique::-
Gen Enrique! Ay Dios! Qué principio *ap.*
para enternecerme mas!
Isab. Arrastrado del mas fino
y síncero amor, de mí
se enamoró. *Gen.* Y que bien hizo!
Teneis méritos sobrados
para ello. Solo os he visto
esta vez, y aunque soy viejo,
que os amo tambien afirmo.
Isab. Con solemnes juramentos
su mano me ha prometido.
Gen. No es extraño: los Soldados,
de la pasion seducidos,
hacen esos juramentos;
mas no llegan á cumplirlos.
Isab. Se agravia á Enrique, señor,
pensando así de él. Hoy mismo
me dió una prenda, en señal
de su fe y de su cariño.
Gen. Y qué prenda os dió?

Isab. Esta fué.

Señalando la que trae al pecho, que es la que la dió Enrique.

Gen. Ola? Si bien la exâmino,
ella es joya guarnecida
de diamantes y zafiros.

Isab. Es verdad. *Gen.* Pues veámosla.

Isab. Tomad, señor.

Se la da, y al verla se sorprende.

Gen. Mas qué miro! *ap.*
No es de Enriqueta mi esposa
el retrato, que yo mismo
la di al separarme de ella?
El es! Mi nombre registro
en la cifra, que aquí puse.
Tiemblo! Amparadme, Dios mio!

Queda como transportado.

Isab. Gran señor, vuestra sorpresa,
vuestra confusion admiro.

Gen. Sabeis quién á Enrique dió
esta joya? *Isab.* El me lo dixo.

Gen. Y quién fué? *Isab.* Su madre.

Gen. Qué oigo! *ap.*
Su madre? Pues él es mi hijo!
Ola? Sargento de Guardia?
Señor Sargento?

Corre á llamarle al bastidor como fuera de sí. Isabela hace extremos de admiracion, y sale el Sargento con el fusil terciado.

Sarg. Rendido
á la voz de Vuecelencia
vengo.

Gen. Vaya usted::- No: escrito
lo llevará.

Pasa al bufete como arriba, y escribe temblando.

Sarg. El General
está como sorprendido;
pero no es mucho, teniendo
á la vista este prodigio.

Isab. Cielos, qué podrá ser esto, *ap.*
que no entiendo, aunque lo miro!

Gen. Basta, para que al instante

Tirando la pluma al tintero.

se me obedezca. Al servicio *Lee ap.*
del Emperador conviene,
que sino se ha procedido
por el Consejo á votar
la causa (tiemblo al decirlo!)
del Teniente Enrique, quede
en aquel estado mismo
en que la halle esta órden mia.
El General Dumont. Hijo

Cerrando la carta.

de mi alma! Tomarme tiempo
para tu bien solicito;
pues si el Consejo sentencia,
no tengo despues arbitrio.

Se levanta precipitadamente.

En el Consejo de Guerra
ponga usted ese órden mio,
señor Sargento; mas corra,
porque es muy executivo.

Le da el pliego.

Sarg. Así lo haré, gran señor. *Vase.*

Gen. El disimulo es preciso *ap.*
ahora con esta muchacha.

Isab. Señor, quién así ha podido
alteraros?

Gen. Quién? Tú. Una *Serio.*
muger de obscuro principio,
ha podido ni aun pensar
unirse á un hombre tan digno,
tan ilustre como Enrique?
Qué disparate! Idos, idos
con Dios, señora, que aun quando
no esperara su delito
atroz la muerte, jamas
pudierais mirar cumplidos
unos pensamientos, que
el desprecio es su castigo.
Me arrastré de la pasion, *ap.*
y no sé lo que me he dicho.

Isab. Ah, gran señor! Admirada
he quedado con oiros.
De vuestra heroica prudencia,
esta respuesta recibo?
Ignorais, que el árbol noble,
jamas ha desmerecido
por su rústica corteza?
Baxo de humildes vestidos,
corazones generosos
y almas grandes no se han visto?
Creed, señor, que mi exterior,
es de mi interior distinto.
Sangre tan ilustre como
la que Enrique tenga, afirmo

á Vuecelencia, que abrigan
mis venas. El padre mio,
aunque no le conocí,
que este es mi mayor martirio,
tuvo en la guerra un carácter
el mas noble y distinguido.

Gen. Quién fué vuestro padre?

Isab. Fué::-
Ay Dios! Yo tiemblo al decirlo!
El Capitan Robinson.

Gen. Robinson? Qué es lo que has dicho?
Mi hermano? *Isab.* Cómo? Mi padre
hermano vuestro? Qué he oido!

Gen. Dime el nombre de tu madre.

Isab. Matilde: y está conmigo.

Gen. Matilde? Sobrina mia,
dale un abrazo á tu tio.

Isab. Con el corazon y el alma.

Gen Qué gozo! *Isab.* Qué regocijo!

Quedan abrazados, y confundidos de alegría: salen al bastidor Roberto y Matilde.

Mad. A hablar por ti y por Enrique
vino mi hija; y::- Mas qué miro!

Vé á Isabela abrazada al General. Corre precipitadamente, y la separa con violencia de sus brazos. Roberto entra igualmente en la escena apresurado.

Qué es lo que haces, hija aleve?

Isab. Qué hago? abrazar á mi tio.

Mad. Qué dices, infiel?

Rob. Por dónde
tal parentesco ha venido?

Isab. A mi tio, sí señora;
su Excelencia lo es: me ha dicho
Roberto, que el Capitan
Robinson fué padre mio;
se lo expuse á su Excelencia,
y abrazándome, me dixo,
que yo su sobrina soy;
me está bien, y lo he creido;
con que aunque vos lo creais,
nada en ello habréis perdido.

Mad Qué oigo, Cielos!

Gen. Sí señora;
aunque de padres distintos,
es mi hermano Robinson;
y con certeza averiguo,
que sois la infeliz Matilde,
hija::- (Yo pierdo mi juicio!)

Mad. Del Baron de Sutefort.

Gen. Es verdad! *Mad.* Hermano mio!

Se tira á sus brazos.

Rob. Temblando y absorto estoy
de gozo. *Isab.* Y mi padre es vivo?

Gen. Sí, Isabela amada, vive.
Mas decidme, cómo ha sido
hallaros hoy en Landau?

Rob. Ya hace, señor, que salimos
de Wormes diez y seis años,
y es nuestra Patria. *Gen.* Ese mismo
tiempo hace, que Robinson
mi hermano me dió el aviso
de su oculto casamiento
con Matilde. Desde Flingo
pasé de su órden á Wormes;
pero desaparecido
habia Matilde ya;
y aunque fuéron exquisitos
mis cuidados por hallarla,
fué imposible el conseguirlo.

Mad. Esa mi desgracia fué.
Robinson, y esposo mio,
siendo Capitan fué á Wormes
á cumplir unos precisos
mandatos, que le encargó
la Corte: mi padre quiso,
que en mi casa se hospedase,
por conocimiento antiguo
que con la vuestra tenia.
La primer vez, que nos vimos,
nuestros tiernos corazones
quedáron de amor rendidos;
y la freqüencia del trato,
llevó á lo sumo el cariño.
Solo faltaba á este amor
noble, que el lazo bendito
del matrimonio le uniese;
pero habia mil peligros
que reparar. Por mi parte
mi padre tenia ofrecido
á Asting, que era de un Milord
sobrino, casar conmigo.
Y por la de Robinson
salió en aquel tiempo mismo
un Real Decreto, mandando
se tuviese por indigno

al Oficial, que casase
durante la Guerra: abismos
los dos casi insuperables
á dos amantes rendidos;
aunque siendo el amor firme,
hace en los riesgos prodigios.
Mas Robinson lo dispuso
todo tan á gusto mio,
que con el mayor secreto
casados, señor, nos vimos.
Gen. Ay mi querida Enriqueta! *ap.*
A mí me pasó eso mismo.
Mad. Disfrutó los privilegios
de esposo; mas fué preciso
partiese á la Corte dentro
de poco: pero advertido
dexó á Roberto mi criado,
que de todo fué testigo,
que luego que le escribiese,
partiese á Viena conmigo.
Su ausencia en mi corazon
causó dolor infinito;
y se reiteró al notar
en mí seguros indicios
de las primicias del casto
himeneo contraido.
Pasábase el tiempo; iba
creciendo por esto mismo
el fruto de mis entrañas;
no avisaba (cruel martirio!)
mi Robinson; y porque
fuese el golpe mas impio,
arribó Asting á mi casa
para casarse conmigo.
Con su vista yo y Roberto
nos quedamos confundidos.
Mi padre empezó gozoso
todos los preparativos
de la boda; mas nosotros
cautos y bien prevenidos
de joyas y de dinero,
de mi casa nos salimos,
para que un peligro fuese
remedio de otro peligro.
Llegamos á Viena, en donde
tristes noticias tuvimos
de mi esposo. Unos decian,
que era muerto el dueño mio;
y otros, que en la última guerra
prisionero el Turco le hizo.
Tambien supe, que mi padre
falleció (tormento impio!)
A este cúmulo de angustias
tan funestas, sobrevino
mi parto: nació Isabela,
y apénas un corto alivio
experimenté, á buscar
á mi esposo nos partimos;
pero todo sin efecto.
Ultimamente nos dixo
un Alferez Aleman,
que se hallaba en este Sitio
de Landau, donde llegamos
dos años hace cumplidos.
Enrique aquí vió á Isabela;
la ofreció ser su marido,
luego que el Sitio acabase;
y esto, y no hallar ni aun indicio
de Robinson nos detuvo.
Roberto, mi leal amigo,
con el sudor de su rostro
aquí nos ha sostenido.
Y quando el Cielo piadoso
nos miraba mas benigno,
á Enrique y Roberto prenden:
corre Isabela, y la sigo
á implorar vuestras clemencias.
A Roberto en el camino
hallo en libertad: entramos
en vuestra Tienda: advertimos
á Isabela en vuestros brazos
enlazada: el honor mio
de ella vengarse pretende,
y al punto que la desvío
de vos, en vos (qué fortuna!)
hallo un hermano querido,
mi protector, mi consuelo,
mi bien, mi norte y mi asilo.
Gen. Sí: todo lo soy, Matilde.
Ya sabrás en los peligros
en que mi hermano y tu esposo
ha estado. Solo te digo
ahora, que es ya Mariscal
de Campo, pues me lo han escrito
en el Correo inmediato
desde la Corte. Un aviso
tan tierno como el presente,
darle hoy propio determino,
por-

porque venga á vêr su esposa
y su hija. *Rob.* Por qué caminos
tan raros le dais, gran Dios,
á la virtud premio digno!
Isab. Y Enrique, señor?
El General manifiesta su mucha pena.
Mad. Hermano,
su libertad solo os pido.
Isab. Por Dios, señor::-
Rob. En estando
libre Enrique::-
Gen. Qué, qué ha habido,
Ayudante? Hablad.
Viendo salir al Ayudante, y corriendo sobresaltado á encontrarle.
Ayud. Señor,
mi dolor es excesivo!
Quando vuestra órden llegó
al Consejo, estaba escrito
todo, señor; la sentencia,
que á Enrique se ha dado ha sido,
que se le degrade, y que
muera por traidor.
Mad. Qué he oido!
Isab. Justos Cielos!
Todos se consternan.
Rob. Cruel dolor!
Gen. Amargo y fiero conflicto! *ap.*
Mad. Hermano::-
Isab. Tio::- *Rob.* Señor::-
Ayud. Qué oigo? Yo estoy confundido!
A nuestro General llaman
una hermano, y otra tio?
Gen. Alentad, sobrina, hermana.
Si usted está sorprehendido
con lo que ha oido, Ayudante,
no lo esté; pues quanto ha oido
es cierto. Mas id al punto
á Brusting, y de órden mio,
haga se alojen y traten
como si fuera yo mismo:
y volved pronto, porque
á Enrique hablar determino.
No perdamos los momentos,
que aunque de Enrique el delito
pide aquella pena, y no
hallo á su remedio arbitrio,
con todo, puede que Dios
dé á tantos males alivio.
Isab. Ah, Cielos!
Cae desmayada en los brazos de Matilde.
Gen. Sobrina! *Mad.* Hija!
Rob. Señora! *Ayud.* Qué laberinto!
Isab. Dexadme, que me den muerte
mis amargos parasismos.
Sentenciado Enrique á muerte!
Quién ha sido, quién ha sido
el bárbaro, que ha eclipsado
del Sol de su honor los brillos?
Quién fué el traidor? que aunque débil
mi brazo, con él me obligo
á arrancarle el corazon,
fiero, audaz y vengativo.
Dónde está mi Enrique? Dónde
el amado esposo mio?
Llevadme á morir con él,
para que así mi martirio
y mis amarguras hallen
dichas, consuelos y alivios.
Queriendo irse.
Gen. Espera, sobrina. Usted *La detiene.*
condúzcalas donde he dicho,
y vuelva. *Ayud.* Lo haré, señor.
Venid, señoras, conmigo.
Isab. Vamos: y en tantas amargas
desdichas, Cielos benignos,
denos vuestra Providencia
constancia, valòr y auxílio. *Vanse.*
Prision corta en Tienda de Campaña.
Sale Enrique aprisionado por la izquierda, y un Centinela de vista con el arma al hombro, y se pasea lentamente junto á él.
Enr. Melancólica estancia,
en cuyo triste seno
hallan los delinqüentes
justo castigo, y causan escarmiento:
por qué á los inocentes
como yo, admites dentro
de tu infeliz morada,
si esta no se hizo para vivir ellos?
Pero dirás, procedes
tan recta con tus yerros,
que al que se halla inculpable
le acrisolas, y sale mas perfecto.
Pero ay! que á veces sabe
la maldad con su esfuerzo,

hacer, que la inocencia
parezca criminal, y en mí lo advierto.
Yo por traidor, rendido
á estas prisiones? Cielos,
pues me veis inocente,
á vuestra justa Providencia apelo.
A Cárlos di palabra
de guardar el secreto
de nuestro desafio,
y la llegué á afirmar con juramento.
Y podré quebrantarle,
aunque pierda por ello
la vida, y mi buen nombre?
Qué diria el Frances? No debo hacerlo.
Pero, y mi amable esposa?
y mi Isabela, dueño
del alma mia, en donde
esperaban mis ansias sus consuelos?
Qué fatiga la tuya
será el mirarme preso!
Ah, querida inocencia!
Qué vendrá á ser de ti, si yo fallezco!
Se sienta lleno de dolor: salen el Ayudante, el General y Cabo de Esquadra al bastidor de la derecha.
Gen. Haced que la centinela
se retire. *Ayud.* Os obedezco.
Retirad la centinela.
Llega al Cabo, y este hace retirar la centinela, y se van los dos.
Cab. Centinela, dexe el puesto,
y venga al Cuerpo de Guardia.
Ayud. En qué mas serviros puedo?
Gen. Idos tambien. *Ayud.* Quanto miro
me confunde, y no lo entiendo.
Vase el Ayudante, y el General sale muy de espacio, y lleno de amarguras.
Gen. Qué tormentos tan crueles
voy á padecer! No acierto
con la voz! Señor Enrique.
Enr. Gran señor::- Pues cómo es esto?
Levantándose sorprehendido.
Qué gozo me causa el verle!
Vuecencia visita á un reo,
que tienen por criminal?
Gen. Si, amigo, que os compadezco,
y por esto quiero ver
si hallamos algun remedio
á vuestro crímen. *Enr.* Yo crímen?
Gen. Así consta del Proceso.
Enr. Pues creed, que estoy inocente.
Gen. Ya; pero los Jueces rectos,
se gobiernan por lo escrito,
no por las conciencias; y esto
os ha de hacer me digais
la verdad. Para qué efecto
llevasteis á vuestra guardia
de la avanzada en secreto
á aquel Capitan Frances?
Enr. Mi honor me mandó así hacerlo.
Gen. Vuestro honor? Cómo? No hablais?
Enr. No señor. *Gen.* Por qué?
Enr. No puedo.
Gen. Ay Dios! Y la carta es suya?
Enr. Y otra que perdí. *Gen.* Y con eso
creeré, que estais inocente?
Enr. Sí señor: os lo confieso,
y lo juro en vuestras manos.
Gen. Pues romped ese silencio,
y desahogaos, no con un
General, con un ingenuo
amigo, con Dumont, ya
que con mi llanto os lo ruego.
Enr. Señor, qué haceis? Vos llorais?
Gen. Lloro solo, porque siento
tu deshonor, hijo mio!
Enr. Hijo me llamais? Ah, Cielos!
Pues cómo honor no tendré,
si me llamais hijo vuestro!
Gen. Quién fué tu padre?
Enr. Mi padre::-
Ahora sí, que mi tormento *ap.*
me hace, que lágrimas vierta!
Gen. Por qué es ese llanto tierno
ahora? *Enr.* Es con justa causa.
Y porque veais, que respeto
á Vuecencia mas que á todos
los hombres del universo,
voy, señor, á descubriros
el mas profundo secreto
de mi corazon, aunque
en decirlo me avergüenzo.
Yo padre no he conocido,
ni sé quién fué.
Gen. Cómo es eso! *Temblando de gozo.*
Dios mio, haced, que mi gozo *ap.*
aquí no haga algun exceso!

Y vuestra Madre quién fué?
Enr. Quién fué mi madre! Lo ménos
doce años tenia yo
y lo ignoraba. *Gen.* Ese tiempo, *ap.*
sin saber de mi consorte,
estuve yo prisionero.
Seguid, Enrique. *Enr.* Lo haré,
pues lo mandais. En secreto
me crió en una Aldea;
y á Witemberg, con pretexto
de servir á una señora,
me lleváron. El afecto
que me mostraba la que ama
creia, era en extremo.
Al año, señor, la dió
el accidente postrero;
y estando á lo último ya
de su vida, sobre el lecho
me hizo sentar, y me dixo:
Amado Enrique y objeto
de mi corazon, yo soy
tu madre infeliz. Te entrego
mi retrato, para que
le traigas siempre en tu pecho,
con el nombre de tu padre,
que en esta cifra está puesto.
Y sin decir mas, perdió
la vida, y me dexó muerto;
pues no me pudo decir
quién es á quien mi ser debo,
porque la cifra no ha habido
quien la comprenda.
Gen. Ahora, Cielos, *ap.*
ahora dadme fortaleza,
que oculte mi amor paterno!
Y el nombre de vuestra madre,
quál era? *Enr.* Enriqueta.
Gen. Ah, tierno *ap.*
pedazo del corazon!
Mi hijo eres: lo confieso;
mas miéntras estés culpado,
declarártelo no puedo.
Morirás desconocido,
sentiré tu fin funesto;
mas no participaré
de la afrenta, que en ti advierto.
Enr. Señor, qué teneis, que haceis
sin hablar tantos extremos?
Gen. Sentia, Enrique, que vas
á dar tu postrer aliento
deshonrado por callar.
Enr. Pues, gran señor, no hay remedio.
Dentro tocan los tambores, pífanos, y otros instrumentos de boca cerca y léjos marcha, y al estruendo acompañan las voces que siguen.
Todos. Viva nuestro Emperador
el gran Leopoldo Primero.
Gen. Buen Dios! Si su Magestad
habrá llegado! Qué es eso,
Ayudante? *Sale el Ayudante corriendo.*
Ayud. Que ahora acaba
de desmontar nuestro excelso
Emperador, y á Vuecencia
á avisar vengo corriendo.
Gen. Vamos al instante. Enrique, *A él ap.*
quanto puede un padre, espero
hacer por ti; pero es fuerza
que hables pagando mi afecto.
Haced, que la centinela *Al Ayud.*
se ponga otra vez al preso.
Vanse de prisa, y sale la centinela.
Enr. No es posible, que quebrante
mi solemne juramento
hecho á Cárlos. Perderé
mi vida, á Isabela pierdo,
y falto á mi General,
á quien tanto amor profeso.
Pero á Isabela, á mi vida
y á mi General, contemplo
se deben anteponer
mis justos prometimientos.
Y así, Dios mio, escuchad
mis súplicas, oid mis ruegos,
dándole á mi corazon
valor, constancia y aliento
para poder tolerar
el golpe tan cruel y fiero
que me amenaza: y en tanto
que llega mi fin funesto,
recojamos los sentidos,
y por el alma miremos,
que despues dirá la fama,
(viendo que inocente he muerto,
pues en sabiéndolo Cárlos
fuerza es declare el suceso)
pregonará la Alemania,
la Francia y el universo,

que por mantener su honor,
fué Enrique tan Caballero,
que siendo inocente y leal,
por traidor rindió su cuello.
Y pues se acerca la hora,
Dios mio, prestadme acierto,
para entregaros mi alma
con la pureza que debo,
quitando de la memoria
amores, dichas, tormentos.

Se entra, siguiéndole la centinela. La vista de la Plaza, y del Exército como en el Primer Acto. La marcha de todos los instrumentos marciales, y las voces. Salen por su órden los Capitanes, el Alferez Ricardo, el Ayudante, el Mayor, y el General. Todos se forman con un ayre de respeto profundo, y despues sale el Emperador y su Guardia, que ocupará el fondo del Teatro.

Todos. Viva nuestro Emperador
el gran Leopoldo Primero.
Gen. Gran señor, á vuestros pies
invictos, tanto celebro
vuestro arribo, que mi gozo
no cabe dentro del pecho.
Emp. Levanta, Dumont. Estás
remozado. *Gen.* Pues no tengo
causa para ello, señor.
Emp. La resistencia, que ha hecho
Landau, te producirá
fatiga, lo considero.
Gen. Sí señor. Mayores causas *ap.*
motivan mi sentimiento.
Ah, hijo mio! *Emp.* Pues yo haré,
que se nos rinda bien presto.
Esta Plaza sola ha sido
la que con mayor empeño
sitié: y en su rendicion,
mas que en otra, me intereso.
Por esto he querido hallarme
en el asalto postrero,
que hoy pienso darla. Sus muros
convertir en polvo espero,
en justa retribucion
de su tenaz, duro y terco
teson en resistir tanto
ardor Aleman. Ya tengo
pensado el modo. Mas dónde
está Enrique, aquel guerrero
tan esforzado, aquel jóven
á quien la vida le debo?
Gen. Ah, señor! Enrique::- *Emp.* Qué?
Gen. Enrique::- *Emp.* Habla.
May. Está preso.
Emp. Preso?
May. Y sentenciado á muerte
infame por el Consejo
de Guerra. *Emp.* Cómo? Y por qué?
May. Porque ha resultado reo
del mayor crímen. *Emp.* Quál es?
May. Tener hechos los conciertos
con el Frances contra vuestras
Armas.
Emp. Qué he escuchado, Cielos!
Enrique eso pudo hacer?
Ric. Enrique pudo hacer eso,
gran señor: yo el delator
he sido de sus excesos.
Emp. Y se probáron? *May.* En todo.
Emp. No eres tú Ricardo? *Ric.* Y vuestro
rendido vasallo. *Emp.* Pues
todavía bien me acuerdo
de otra delacion que hiciste,
y saliste de ella reo.
Mira no suceda en esta
lo mismo, porque escarmiento
serás de los que no tienen
jamas buenos pensamientos.
Ric. Señor, yo::-
Emp. Está bien. Enrique,
quánto tu desgracia siento! *ap.*
Pero aunque soy Soberano,
si estás culpado, no puedo
darte la vida, pues fuera
dar á todos mal exemplo.
Ayud. Qué bien merece Ricardo *ap.*
tan indigno tratamiento!
Ric. El Emperador me afrenta, *ap.*
y me miran con desprecio
todos. O, si yo de todos
pudiera vengarme, Cielos!

Tocan llamada de la Plaza, y despues ponen Bandera blanca en la muralla.

Gen. De la Plaza hacen llamada,
y bandera blanca han puesto.

Emp.

Emp. Haz que respondan con otra,
porque al enemigo oir quiero.

El General hace seña al Ayudante, en cuya virtud este executará la que sea correspondiente para que pongan Bandera blanca en el Campo, y toquen los tambores la llamada. A este tiempo abren las puertas de Landau, y sale por ella Cárlos con la Guardia. El Mayor hace, que la que está en el fondo se divida en dos filas, y por medio llega Cárlos al General.

Car. El Mariscal de Tallard
tio mio, que el Gobierno
de la Paza de Landau
tiene á su cargo, este pliego,
que es de Capitulaciones::-

Gen. Esperad: ante mi excelso
Emperador, yo no soy
Señalándole con reverencia.
mas que un Soldado, y no tengo
otra accion, que obedecer.

Car. Gran señor, á vuestros régios
pies os pido perdoneis
de mi ignorancia el defecto,
si acaso lo puede ser
la desgracia que lamento,
de no haber logrado hasta ahora
el honor de conoceros.

Emp. Alzad. Decid lo que quiere
Tallard. *Car.* O, quánto celebro
que ya que Landau se rinda,
sea á un Leopoldo Primero;
porque esto la dará aun mas
fama, que el valor y esfuerzo,
que ha mostrado en su defensa!

Emp. Dexad encarecimientos,
y pasad á lo que importa.

Car. Landau se rinde con estos
Capítulos. *Se los da de rodillas.*

Emp. Bien está.
Para responder, los leo. *Lee para sí.*

Gen. No pregunta por Enrique! *ap.*
Pues si estaba de concierto
con él para la traicion,
rendir la Plaza es opuesto.

Ric. Qué buena ocasion era esta *ap.*
para lograr mis intentos!

Emp. Tomad: decid á Tallard,
que condiciones no acepto
como estas. Que ha de entregarse
con la Plaza el Fuerte; y si esto
no admite, el Fuerte, la Plaza,
y quantos mantiene dentro,
hoy mismo serán estrago
de la espada y del incendio.

Car. Así lo diré á mi tio,
gran señor: pero yo os ruego
á vuestros Cesáreos pies,
que hasta mañana suspenso
esté el ardor militar,
que yo volveré. *Emp.* Lo ofrezco.

Ric. Ea, corazon audaz,
ya ocasion tienes y tiempo
para vengarte de todos
tus enemigos. Mi intento,
ántes que Cárlos se vaya,
poner en práctica quiero.
Vase disimuladamente.

Car. Señor, vuestra Magestad
disimule, que eche ménos
aquí al Soldado mas noble,
mas generoso y atento,
que hay en vuestro Campo.

Emp. Y quién
merece elogios como esos?

Car. El Teniente Enrique.

Gen. Ay Dios! *ap.*

May. Este es Cárlos; los conciertos
de la traicion hizo Enrique *Ap. al Emp.*
con él; le tuvo en secreto
en la avanzada una noche,
señor. *Emp.* Celebro saberlo.
Con que Enrique es el mas noble
Soldado, que yo mantengo?

Car. En mi concepto, señor.

Emp. Como tuyo es el concepto.
Enrique, está sentenciado
á muerte. Se ha descubierto
la traicion, que meditada
tenia contigo; pero
en ti un seductor hay mas,
y en él hay un traidor ménos.

Car. Gran señor, así injuriais
mi honor y mi nacimiento?
Mas yo puesto á vuestros pies,
juro no apartarme de ellos
hasta que me oigais. *Emp.* Pues dí.

Car. Valiéndome de mi fuero,
si en vuestro Exército hay,
sea quien fuese, no siendo
vuestra Magestad, quien ponga
de Enrique en el honor terso
y en el mio, la menor
falta; qué es falta? un pequeño
obstáculo, digo es vil,
y le desafio y reto
ante vuestra Magestad,
donde darle muerte ofrezco.
Gen. Bendita sea tu boca! *ap.*
Puede esto engañarnos, Cielos?
Emp. Pues no te tuvo una noche
Enrique en su Guardia?
Car. Es cierto.
May. No le escribistes despues
una carta? *Car.* No lo niego.
Y en ella le dixe, que
siempre guardase el secreto,
que sabia. *Emp.* Y quál es ese?
Car. Os diré todo el suceso.
Con el General Dumont
á tratar vine conciertos
oportunos á mi Rey.
Enrique, lleno del zelo
de su noble corazon,
me respondió con desprecio.
No es verdad?
Todos. Así es, señor.
Car. Yo tuve aquel tratamiento
por injurioso á mi honor,
y juré satisfacerlo.
Un Teniente, á los dos dias
volvió á tratar de lo mesmo;
y un papel de desafio
envié con este sugeto
á Enrique. En él le decia,
que si al dia venidero
le tocaba entrar de Guardia,
hiciese el posible empeño
para lograr la avanzada;
pues yo tenia dispuesto
ir á la de las dos minas,
que extra-muros mantenemos;
y que allí, estando inmediatos,
era muy fácil el vernos.
Con efecto, gran señor,
me ofreció Enrique así hacerlo
por esta esquela, que aquí
por casualidad conservo.
Se la da al Emperador.
Emp. Es verdad. Vedla, Dumont.
Gen. Mi regocijo es extremo!
Emp. Y salió Enrique? *Car.* Salió;
nos batimos con aliento,
y si mas valor no tuvo
que yo, tuvo mas acierto,
ó mas dicha, pues me hirió
en este lado derecho.
Caí herido en sus brazos;
me levantó: su pañuelo, *Le saca.*
que es este, me le aplicó;
y con generoso pecho
á su Guardia me conduxo,
y en su quarto con silencio
el pañuelo puso bien,
sujetándole por medio
con esta liga, que es suya;
pues su nombre en ella veo,
y el de Isabela. Conmigo
fué despues un largo trecho,
ofreciéndome callar,
con solemne juramento
este caso; pues mi tio,
si lo supiera, comprehendo,
que me daria un castigo
correspondiente á mi exceso.
El honor de mantenerme
su palabra, á Enrique ha hecho
tan glorioso, que á la vista
de tantos males funestos,
que le están amenazando,
antepuso su silencio
á su honor, su vida y fama,
firme, constante y resuelto;
y de un Héroe igual, señor,
no nos da la historia exemplo.
La herida que me hizo es esta;
La manifiesta.
y á voces está diciendo,
que padece la inocencia,
si Enrique está padeciendo.
Esta es la verdad, señor;
discurro, que pruebas tengo
en estos mudos testigos,
mas ciertas, que no el proceso,
que á Enrique se haya formado.

Y

Y si quedais satisfecho
de mi verdad, por su vida
y honor os suplico y ruego,
pues por él perderé el mio,
y con mi sangre mi aliento.

Emp. Generoso Cárlos, dame
los brazos. Bien claro veo,
que para que la inocencia
de Enrique brille, los Cielos
hoy á este Campo de Guerra
á tí y á mí conduxeron.
Aquel que le delató,
discurro, que con fin bueno
no lo hizo; yo le conozco;
mas castigarle no puedo,
porque tiene en su favor
el ser dos indicios ciertos.
A Enrique á ver vamos; pues
sacarle en mis brazos quiero,
y los grillos por mi mano
quitarle; y este trofeo
será adorno de sus Armas,
para hacer su nombre eterno.
Pero qué tienes, Dumont?
Por qué haces esos extremos?

Desde que Cárlos empieza á defender á Enrique, estará Dumont muy atento: mas desde que comienza á justificar su inocencia, hace extremos de gozo, que los duplica, segun aquella se aumenta. Las voces del Emperador le sacan de sí, que es quando este lo advierte, y le pregunta; y lleno del mismo ímpetu de alegría, responde.

Gen. Señor, tengo vida, honor,
y locura tambien tengo.

Emp. Vida y honor? Pues acaso
te faltaba? *Gen.* Yo me entiendo,
gran señor; ahora Dumont
no está para responderos.
Perdonad, por Dios. A Enrique
de su prision le saquemos,
que despues sabréis prodigios.
Vamos, gran señor, corriendo.
Ah, Cárlos! Prémiete Dios *ap.*
los favores que hoy me has hecho.

Emp. Con efecto, mi Dumont
ha perdido el juicio. *Gen.* Pero
despues me diréis, señor,
que tuve causa para ello.

May. El ver á Enrique inocente,
sabe Dios quanto celebro!

Ayud. Que no pueda yo á Isabela *ap.*
avisar este suceso!

Emp. Venid todos, donde aplausos
á nuestro Enrique le demos.

Al ir entrándose por su órden, sale Isabela corriendo con un papel en la mano, y quando han vuelto á la escena el Emperador y los demas, á sus voces salen tambien corriendo Matilde y Roberto.

Isab. Tio mio, tio mio,
escuchad por Dios.

Emp. Qué es esto?

Gen. Mi sobrina! Ay Dios! La haré *ap.*
señas, que guarde silencio.

Emp. Jóven hermosa, á quién llamas?

Isab. A mi tio: ya le veo.
Tio amado::-

Corre á él, y Matilde la detiene.

Mad. Oye, Isabela.

Isab. Que me dexe usted la ruego,
madre mia, porque á Enrique,
que este papel sirva creo.

Emp. Pues es tu tio Dumont?

Gen. Que no me entienda! *ap.*

Isab. Es muy cierto;
como que de Robinson
su hermano soy hija.

Emp. Es cierto
lo que esta jóven expresa,
Dumont? *Todos.* Qué raro suceso!

Gen. No ha de ser cierto, señor?
De mi locura y contento
esta es la parte menor.
Ved si era con fundamento!
Matilde, de Robinson
esposa, es esta. Roberto,
el que las ha acompañado
diez y seis años lo ménos,
este es. Hoy he conseguido
hallazgo de tanto precio,
y otro mayor. Ya daré
la noticia por extenso

á vuestra Magestad.
Mad. Qué oigo!
Rob. Qué he escuchado!
Isab. Santos Cielos,
Magestad le da! *Gen.* Postraos
á los pies de nuestro excelso
Emperador siempre invicto
el gran Leopoldo Primero.
Isab. Ay Dios! Yo estoy confundida!
Mad. Qué dirá de nuestro exceso!
Rob. Solamente al oir la voz
del Emperador yo tiemblo!
Emp. Llegad, y nada os confunda;
Llegan, y los levanta.
porque mis brazos abiertos
están para mis vasallos;
y mas vasallos, que debo
amar, pues esposa é hija
sois de Robinson. Supuesto, *ap.*
que le dexé de aquí cerca,
un gran gozo le prevengo.
Mad. Señor, por vuestras piedades,
la tierra que pisais beso.
Emp. Alza. Qué papel es ese? *A Isab.*
Mad. Responde.
Isab. Si me estremezco
de temor. *Rob.* Tiene esta jóven
tratado su casamiento
con Enrique. *Emp.* Bien: prosigue.
Isab. Y para qué decis eso?
Como avergonzada.
Rob. No sabe Enrique quién es
todavía; fué su afecto
á la virtud de Isabela,
señor, no á su nacimiento.
Isab. Hoy le prendiéron, señor;
y con certeza sabemos,
que le delató Ricardo,
culpándole de que es cierto,
que á un Capitan Frances tuvo
en la Guardia con secreto.
De este mismo Capitan,
cuyo nombre es Cárlos, tengo
una carta, que escribió
á Enrique, y dexó en el suelo
este olvidada en mi casa.
En ella está descubierto,
que á Enrique le desafia,
y señala dia y puesto.
Y por si importa á su vida,
que mas que la mia aprecio,
la vea vuestra Magestad,
Se la da, y la lee para sí.
á quien con mi llanto ruego,
que derrame las clemencias
con que le ha adornado el Cielo,
sobre el desgraciado Enrique,
porque es mi esposo y mi dueño.
Gen. Y primo hermano. *ap.*
Mad. Que esposo *Aparte á Isabela.*
le llames? *Isab.* Pues si ha de serlo,
qué importa, que me anticipe
á darle un nombre tan tierno?
Car. Gran señor, ese papel
es el mio. *Emp.* Sí: los Cielos
creo han tomado á su cargo
volver por Enrique. *Rob.* Excelso
y glorioso Emperador,
tampoco callar no debo,
que por el delator mismo
estuve yo tambien preso,
y me libró mi inocencia.
Isab. Pero el Alferez perverso,
hallándose en la avanzada
de Guardia, y de noche siendo,
la abandonó, y á mi casa
fué el traidor con el intento
de violar mi honestidad
y estimacion. A mis ecos
y desconcertados gritos
salió, gran señor, Roberto,
le reconvino con voces
llenas de honor y respeto;
sacó el bárbaro la espada
contra él; mas quiso el Cielo,
que allí otra hubiese de Enrique;
se batiéron; y Roberto
al cobarde desarmó;
le puso la espada al pecho;
le acordó su obligacion,
y le hizo salir corriendo.
Falta hizo á la Guardia; mas
Enrique airado y severo,
su delito reprehendió.
Venga usted, señor Sargento,
y pues fué testigo, diga

á

á su Magestad si es cierto.
Sarg. La verdad es, gran señor.
Y un Pífano de mi Cuerpo
y Compañía tambien
hizo falta, y se le diéron
cincuenta palos. *May.* No es Jorge?
Sarg. Sí señor. *May.* Pues ese mesmo
el peor testigo es de Enrique.
Isab. Picaron!
Emp. Parece sueño
oyendo tantas maldades!
Mas de Ricardo las creo.
May. Pues él llega. *Sale Ricardo.*
Gen. El insolente
atreverse (de ira tiemblo!)
á mi sobrina! *Mad.* Ah, traidor!
Ric. Ya traigo escrito el proyecto,
que ha de vengarme de todos, *ap.*
y que mi nombre hará eterno.
A Cárlos se le daré,
pues aun he llegado á tiempo.
Emp. Ayudante? *Ayud.* Gran señor?
Emp. Prende á Ricardo.
Isab. Me alegro.
Ayud. Daos preso.
Llega con el Sargento y Soldados, y le aseguran.
Ric. Señor::- *Emp.* Llevadle,
porque su vista aborrezco.
Se le cae á Ricardo una carta, que trae en el pecho, y la alza el Ayudante.
Ayud. Qué carta es esta?
Ric. Ay de mí!
Ayud. Mirad, señor, ese pliego,
que se le cayó á Ricardo.
Emp. Para Cárlos. Qué será esto?
Leyendo el sobre-escrito.
Abre la carta, y lee para sí admirándose.
Isab. Madre mia, consolaos,
pues á Enrique ya verémos
en libertad. *Mad.* Sí, hija mia;
benditos sean los Cielos.
Gen. Qué habrá escrito aquel traidor,
que el César está suspenso?
Emp. Dime, traidor, tu rubor,
tus propios remordimientos
no te anticipan la muerte,
que darte al instante debo?
Infame, avergüenzate,
viendo en mi mano este horrendo
producto de tus maldades
é infieles procedimientos.
Casterbik, lee en voz alta,
Le da la carta.
y escuchad todos atentos
la traicion mas exêcrable
de ese monstruo audaz y fiero.
Lee el Mayor. Señor Capitan Cárlos: Pues no ha querido el Emperador admitir vuestras Capitulaciones, qüiero manifestaros el amor, que profeso á vuestra Nacion, sacrificando este Exército en su obsequio. A las doce de esta noche dad órden para que me dexen pasar vuestras Centinelas de la Guardia de las dos minas, hásta las puertas de la Plaza. Esperadme en ella con solos doscientos Soldados, con los quales, el Santo, seña y contraseña, que llevaré prevenidos, haré que os apoderéis de este Campo, y aun del Emperador; lo qual jura cumplir religiosamente vuestro apasionado amigo = Ricardo.
Todos. Qué maldad!
Gen. Dexad, señor,
que á ese infame, á ese perverso,
le hagan mis brazos pedazos.
Emp. Tente, Dumont. Al momento,
Mayor, haga se disponga
para morir, pues ordeno
se le degrade y acabe
como merece. Pon preso
al Pífano, haz que declare
á la vista del tormento
quanto de ese traidor sepa,
y avísame. *Car.* Vive el Cielo,
que si la carta me ha dado,
con la muerte se la premio.
May. Amarradle y conducidle.
Ric. Voy á pagar mis excesos.
Se le llevan, acompañándole el Mayor.
Emp. Atulf? *Ayud.* Gran señor?

Emp. Escucha. *A él ap.*
Robinson llegará presto;
aguárdale en el camino,
y haz, que con todo secreto
entre en mi Tienda, sin que
nadie pueda conocerlo:
pero á su esposa y á su hija
no se las nombres.
Ayud. Ya entiendo,
gran señor, voy al instante
á cumplir vuestro precepto. *Vase.*
Emp. Hoy á Robinson, su esposa, *ap.*
su hija, Enrique y Dumont, quiero
(pues que merecen mi amor)
darles un rato muy bueno.
Gen. Querer vuestra Real persona
vender el traidor! *Emp.* Los Cielos
velan por los Soberanos.
Dumont, vamos á dar premio
á la inocencia de Enrique.
Saber la historia deseo
de tu sobrina y su madre.
Gen. Otra hay, señor; y yo creo,
que la escucharéis con gusto.
Emp. Vamos por Enrique. *Isab.* Eso,
gran señor; vuestras bondades
produzcan nuestros consuelos.
Mad. Para que así haga la fama
vuestro heroyco nombre eterno.
Isab. Para que el mundo celebre,
que sois mas padre que dueño.
Rob. Y para que le coronen
dichas::- *Isab* Aplausos::-
Mad. Y obsequios::-
Todos. Viva nuestro Emperador
el gran Leopoldo Primero.

JORNADA TERCERA.

Tienda regia del Emperador con bufete, y silla correspondiente. Sobre aquel habrá papeles y escribanía. Salen apresuradamente el Emperador, el General y Enrique. La Guardia y centinela ocupan su lugar.

Emp. Otra vez, querido Enrique,
á darme los brazos vuelve.
Gen. Y á mí. Me arrebata el gozo, *ap.*
y no puedo contenerme.
Corre y le abraza estrechamente.
Enr. Y permitid, que otra vez
la tierra que pisais bese,
soberano mio, á quien
adoro tan tiernamente.
Qué dicha la mia ha sido
tan grande, señor! Qué suerte
tan venturosa en haberos
conducido donde quede
esta humilde hechura vuestra
con el honor que merece!
Con el honor, gran señor;
que aunque llegara á perderse
mi vida tambien, no es justo
que de mi vida me acuerde,
porque la vida no es vida,
quando sin honor se tiene.
Y si hasta aquí, gran señor,
en mi corazon vi siempre
deseos de vuestras glorias,
y de que el Orbe rindiese
su cerviz á vuestras plantas,
desde hoy es justo que piense
en acreditarlo, pues
así podrán solamente
mi amor, mi fe y gratitud
satisfacer lo que os deben.
Emp. Si un abrazo satisfizo
ántes mi gusto, por verte
libre de aquellas obscuras
tinieblas, con que la aleve
impostura eclipsar quiso
tus procedimientos fieles;
otro abrazo, como á Enrique,
y como á mi amigo, dexe
de tu honor las luces mas
puras y resplandecientes.
Enrique, levanta. *Enr.* El Cielo
vuestra virtud, señor, premie.
Gen. Espera, Enrique. Si como
Deteniéndole al separarse de los brazos del Emperador.
á Enrique, y como á inocente,
le habeis, señor, ese abrazo
dado, preciso es que os ruegue,
que otro le deis como á mi hijo.
Emp.

Emp. Como á tu hijo?
Enr. Qué profiere
Vuecelencia? Yo vuestro hijo?
Lleno de admiracion.
Emp. Dumont, suspenso me tienes.
Gen. Mi hijo es Enrique, señor;
y así perdonad me lleve
mi amor á sus brazos. Hijo!
Enr. Padre!
Emp. La admiracion me suspende.
Enr. Con el gozo confundido
no sé lo que me sucede.
Emp. Cómo ha sido esto, Dumont?
que este caso me parece,
aun mucho mas prodigioso,
que el de Robinson. *Gen.* Si puede
mi labio expresar las voces,
porque el gozo le entorpece,
os digo, señor, que sí.
Enrique mio, tú eres
mi hijo amable: la sorpresa
abandona: en este, en este
retrato de mi Enriqueta,
de tu padre se contiene
el nombre. Yo se le di,
y hoy el Cielo me le vuelve
por la mano de Isabela,
porque pueda conocerte.
La Guerra hizo, que callado
mi matrimonio estuviese,
señor. De los dulces brazos
de mi esposa, me desprende
la misma. Quando tomamos
á Belgrado, aquel ardiente
valor, señor, que á este brazo
sabeis, que ha asistido siempre,
del enemigo en la fuga
me empeñó, para que viesen,
que en él hallaban menguante
las medias lunas crecientes.
Me divertia rompiendo
á unos los brazos infieles,
á otros las cabezas, y á otros
dándoles sangrienta muerte,
porque de una vez pagasen
delitos de tantas veces.
Mi caballo:::- (Ah, qué caballo
era, señor, tan valiente!)
tropezó y caí. Entónces
los enemigos me prenden;
porque sino hubiera caido,
cómo era fácil lo hiciesen?
Al Visir me presentáron;
y aunque quiso concederme
la libertad, un traidor,
un inhumano, un aleve,
el Conde de Tekeli,
hizo que no me la diese.
Ah, vil Christiano! Tu nombre
para siempre se avergüence,
pues ni un Turco pudo hacer,
que á ser humano aprendieses!
Doce años fuí prisionero.
Volví á Witemberg alegre
á enlazarme con mi esposa
Enriqueta tiernamente.
Pero ah, señor! Ya habia muerto!
Y entre las angustias crueles
de mi dolor, como estuvo
nuestro lazo oculto siempre,
no hubo quien de mi hijo Enrique
noticia alguna me diese.
Hoy logré justificarlo;
pero viendo, que rebelde
no descubria lo que
le acreditase inocente
en el crímen horroroso
de que le acusó el aleve
Ricardo, y que moriria
deshonrado, del mas fuerte
valor á mi corazon
revestí, para que hiciese
la heroicidad de mirarle
morir, sin que descubriese,
que él era un pedazo suyo
el mas tierno. Quise verle
morir, y morir tambien
del pesar; mas sin que fuese
reconocido por mi hijo,
mirando le daba muerte
un delito, que á mi nombre
causaria afrenta siempre.
Esta es la verdad, señor;
y pues tan gran causa tiene
Dumont para estar hoy loco
de gozo, bien es que espere

no le riñais, gran señor,
aunque mireis, que enloquece.
Quien conozca los extremos
del amor paternal, puede
conocer quánto es mi gozo,
mirando á mi hijo inocente;
y por probarlo mejor,
permitidme que os recuerde
sus servicios y los mios.
Ya os acordaís quantas veces
arrollando las banderas
de contrarios y rebeldes,
con peligro de mi vida,
os coroné de laureles.
Este pecho lo publique;
estas heridas crueles,
aunque cerradas sus bocas,
son los testigos mas fieles,
que pregonan mis hazañas;
y tambien tendréis presente,
que quando os visteis cercado
de una Tropa de Franceses
en el pasado reencuentro,
donde á favor de la suerte
y del número crecido
de Tropas, que os acometen,
lográron aprisionaros,
llegó mi hijo, y valiente,
viendo á su Rey en peligro,
como una víbora ardiente,
con el acero en la mano,
tan precipitadamente
se abrió paso por enmedio
del Esquadron, dando muerte
á quantos se lo impedian,
que muy breve logró hacerse
dueño de vuestra Persona,
y agarrando felizmente
vuestro augusto brazo, os puso
á su espalda, y de esta suerte
hiere y mata en retirada,
sacándoos gloriosamente
libre de los enemigos,
dexando el campo de suerte
cubierto de cuerpos muertos
y heridos, que no se atreve
á seguirle ya ninguno,
temiendo su acero fuerte.
Pues, señor, no es natural,
que en un lance como este,
se agitase el corazon,
viendo desgraciadamente
este mérito perdido,
y obscurecido vilmente
el honor de mi hijo Enrique?
Y no es natural que fuese
un extremo de locura
la alegría, que sorprende
mi alma, al verle triunfante,
y declarada la aleve
impostura de Ricardo,
y que pueda finalmente
decir á voces, que es mi hijo?
Quiero que lo considere,
señor, vuestra Magestad,
porque disculpado quede.
Y así, glorioso Monarca,
aquí de nuevo os ofrece
mi amor paternal este hijo
renacido qual el Fénix,
de estas heladas cenizas:
admitidle, protejedle,
que él y yo nos ofrecemos
á sacrificar mil veces
nuestras vidas por la Patria,
el honor de sus laureles,
y por vuestra Magestad,
que es el hilo de quien penden.

Enr. Ah, padre mio! A estos pies
permitidme que celebre
mi corazon una dicha,
que me confunde y sorprende.
Qué vos sois mi amado padre!
Qué sois por quien lloré siempre,
y aquel á quien tanto amaba
sin llegar á conocerle!

Gen. Sí, hijo mio; entra en el seno
de mi corazon. Posee
todo el fondo de mi alma,
pues hoy me rejuveneces.

Emp. Espectáculo tan dulce,
confieso que me enternece.
Enrique, te felicito
por las dichas que hoy adquieres.
Con tan buen padre, no habias
de ser en todo excelente?

Ya

Ya eres Mariscal de Campo.
Enr. Señor, á tantas mercedes,
que de vuestra Magestad
recibo, y que me concede
hoy el Cielo, quién podrá
corresponder justamente?
Salen corriendo Isabela, Madama y Roberto.
Isab. Ya le veo, madre. Esposo!
Mad. Enrique! *Abrazándose.*
Rob. Señor! *Gen.* Quién puede
contener estos impulsos,
que amor y la sangre ofrecen,
señor? *Emp.* Dices bien.
Enr. Señora: *A Matilde lleno de gozo.*
Isabela mia, advierte,
que nuestro César Augusto
es el que mirais presente.
Isab. Ya el Cielo nos concedió
la dicha de conocerle.
Mad. Y de admirar sus virtudes.
Emp. Enrique, dexa que llegue,
y que te abrace Isabela
tu prima hermana.
Todos se sorprehenden.
Gen. Qué tienes,
Enrique? Te admiras? Qué
á vosotros os suspende
lo que su Magestad dice?
Pues todo ello es evidente;
porque siendo Enrique mi hijo,
tu primo hermano á ser viene.
Isab. Vuestro hijo Enrique, señor?
Gen. Sí, sobrina, mi hijo es este.
Enr. Sobrina vuestra Isabela?
Gen. Como que es la hija del fuerte
Robinson, hermano mio.
Mad. Gran Dios! Mi admiracion crece
por instantes. *Rob.* Qué elegría
advierto en mi alma!
Isab. No puede,
señor, en esta ocasion
mi corazon contenerse
con el gozo que respira;
y así, permitid le muestre.
Enrique, que eres mi primo
hermano? Que fué mi suerte
tan feliz? Cómo no habia,
primo mio, de quererte,
si á las leyes del amor
se uniéron tambien las leyes
de la sangre? Y cómo no
pediré á estos pies clementes,
que á vínculos de la sangre
permita, que se le agreguen
aquellos, que el matrimonio
hace mas firmes y fuertes?
Gran señor, pues es Enrique
mi primo, os pido, que llegue
á ser mi esposo. Este lazo
nada puede detenerle,
pues si la sangre nos une,
bien es que amor nos sujete.
Emp. Si, Isabela; yo te ofrezco,
que logres lo que apeteces.
Isab. Dios mio, haced, que mi César
en el universo impere.
Gen. En tocándole á su Enrique, *ap.*
loca Isabela se vuelve.
Emp. Madama Matilde, todas
tus desgracias hoy fenecen,
y en los brazos de tu esposo
estarás muy prontamente.
Mad. Amado Emperador mio,
mis dichas es justo espere
de vuestras reales bondades;
que el Cielo será quien premie
vuestro corazon invicto,
tan generoso y clemente.
Enr. Hoy para mí todo ha sido
fortunas, dichas y bienes.
Gen. Este es Roberto, señor:
el compañero peremne
de mi hermana y mi sobrina.
Emp. Yo haré que premiada quede
la virtud recomendable,
Roberto, con que procedes.
Rob. Quien logra estar á estos pies,
para qué mas dichas quiere?
Sale el Ayudante, se dirige derecho al Emperador, y le habla aparte.
Ayud. Gran señor, ya Robinson
llegó oculto.
Emp. Dile espere:
pero ántes admira tantos
prodigios como hoy suceden

en mi Campo. Mira á Enrique,
que dexó de ser Teniente,
por ser Mariscal de Campo,
porque su honor mas se eleve.
Ayud. De mi corazon el gozo,
viéndole como merece,
me consterna, gran señor.
Sí, Enrique: no hay quien celebre
mas que yo, que los augustos
rayos de este Sol, pudiesen
desvaratar las bastardas
nubes, que vuestros aleves
impostores pretendiéron
á vuestra honradez ponerle.
Enr. De vuestro corazon noble,
Atulf, eso esperé siempre.
Ayud. Ya estaréis, bella Isabela,
gustosa.
Isab. Y decid, no tiene
mi corazon con Enrique
causa para estar alegre?
Ayud. Voy, señor, á obedecer
lo que me mandais.
Gen. Espere,
señor Ayudante; y para
que su gozo mas aumente,
sepa que es Enrique mi hijo.
Ayud. Qué dice Vuecencia?
Gen. Observe
lo que el César le ha maudado,
y todo sabrá si vuelve.
Ayud. La admiracion y alegría
á mi corazon sorprehenden. *Vase.*
Emp. Dumont, id á la otra Tienda,
donde podais libremente
solemnizar las fortunas,
que hoy el destino os ofrece;
pero dame pronto aviso
al punto que Cárlos llegue
Gen. Bien, señor.
Enr. Vida y honor, *ap.*
Cárlos, Enrique te debe.
Gen. Vamos, hijos; ven, hermana,
y todos juntos y alegres
al Cielo darémos gracias,
por lo que nos favorece. *Vanse.*
Emp. Los casos tan admirables,
que han ocurrido en tan breve
tiempo, puestos en la historia,
llegarian á tenerse
por inciertos; mas la vida
del hombre, y el mundo ofrecen
estos, y aun otros mas raros.
Pero ya Robinson viene.
Voy á hacer, que mas completo
el júbilo en todos reyne;
que si un Soberano es solo
un buen Padre, siempre debe
mostrarse tal con los hijos,
que su estimacion merecen.
Salen el Ayudante y Robinson con capa.
Robin. Vuestro precepto, señor,
observé tan obediente,
como debo. Nadie ha visto
á este viejo impertinente
mas que vuestra Magestad
y el Ayudante.
Emp. Prevente
para el júbilo mas grande
que jamas tuviste.
Robin. Puede
que así sea, gran señor;
mas ya ha tiempo, que la suerte
me los quitó. Ay mi Matilde! *ap.*
que no muriera al perderte!
Emp. Con que en nada tienes gusto?
Robin. En serviros solamente.
Emp. Pues bien; á servirme vas.
Haz venga inmediatamente
Al Ayudante aparte.
Matilde contigo sola.
Ayud. Voy á obedeceros. *Vase.*
Emp. Este
pliego, de letra metida,
Le saca, y se le alarga.
me has de copiar prontamente.
Robin. Cómo copiar, gran señor?
Desviándose sin tomar el pliego.
Yo escribir? Hay quien tal piense?
En mi vida una quartilla
de papel escribí. Siempre
hice una letra tan mala,
que es imposible leerse.
Solamente con la espada,
dando tajos y reveses

á los enemigos, hago
unos rasgos excelentes;
mas con la pluma, señor,
la mano se me entorpece.

Emp. Toma, y haz lo que te mando,
que á mi servicio conviene.

Robin. Si conviene, que en lugar
de letras borrones eche
en el papel, jamas yerra,
gran señor, el que obedece.

Toma el pliego.

Emp. Interin que vuelvo, espero
que copiado el papel quede.
El pobre de Robinson *ap.*
en buen aprieto se mete. *Vase.*

Robin. Qué es lo que me manda el César?
Yo escribir? Sin duda quiere
burlarse de Robinson,
porque ni aun el sueño puede
dictar á su fantasía
un disparate como este.
Pues no es cosa la tal carta!
Todas las llanas las tiene
colmadas de letra á modo
de Sermon; ni en quatro meses
puedo yo copiarla. Mas
preciso es obedecerle.

Pasa al bufete, y se sienta.

Y que al cabo de mis años
venga yo á ser Escribiente!

Dispone el papel, toma la pluma, escribe, y salen al bastidor el Emperador y Madama.

Emp. Quiero partas á la Corte
con tu esposo; y porque lleves
una señal de mi amor,
ya te he hecho algunas mercedes;
y á aquel Secretario mio
mandé que las estendiese.
Entra, di que las despache,
y al punto te las entregue.
Qué gozo tendran los dos *ap.*
en llegando á conocerse! *Vase.*

Mad. Vuestra vida el Cielo guarde,
y de grandezas la llene.

Entra á la escena.

Robin. El César solo ha querido,

Tirando la pluma.

que aquí yo me desespere.
Habrá tinta mas maldita!
Cayó un borron; mas de suerte,
que iban ya ocho letras hechas,
y me ha borrado las siete.

Mad. Señor Secretario?

Robin. Ola?
El título me conviene.
Y es buena moza, por Dios.
En su Tienda el César tiene
estos enemigos? Pues
será feliz si los vence.

Mad. No me respondeis, señor?

Robin. Señora, qué la sucede?
Si busca á algun Secretario,
aquí es preciso que espere,
porque yo no lo soy.

Mad. Pero
que hagais pronto es bien os ruegue
ese despacho.

Robin. Despacho?

Mad. Así el César me lo advierte.

Robin. Señora, yo no os entiendo:
volverme loco pretende
el Emperador. Veré
si acaso en estos papeles *Los mira.*
está el que buscais; mas vuestro
nombre preciso es saberle
para buscarle.

Mad. Matilde.

Robin. Matilde?

Dexa los papeles alborozado, pasa á ella, y se vén con atencion.

Mad. Pues qué os suspende?
La esposa de Robinson.

Robin. Robinson? Aquí le tienes,
Matilde mia.

Mad. O, gran Dios!

Los 2. Esposa! / Esposo! Cielos, valedme!

Se abrazan como fuera de sí por su extremo gozo, y sale Isabela.

Isab. El César::- Mas qué reparo?

Pasa corriendo á Matilde, y la separa de los brazos de Robinson.

Qué haceis, madre? Bueno es fuese
delito en mí el abrazar
á mi tio, y que os encuentre

con un extraño abrazada.
Pero cómo? estrechamente.
Robin. Madre dixo?
Mad. Ah, hija mia!
Robinson tu padre es este.
Isab. Qué decis! Ah, padre mio!
Robin. Hija del alma!
Se abrazan, y sale Enrique.
Enr. Qué advierten
mis ojos? Hombre atrevido::-
A esta voz vuelve Isabela la cara, vé á Enrique con la mano en la espada, y corre á detenerle.
Isab. Enrique mio, detente,
que es mi padre Robinson.
Mad. Y tu tio.
Robin. Estoy de suerte,
que ni á hablar acierto.
Enr. Tio
de mi corazon!
Mad. Que aliente
me quita el gozo!
Salen el Emperador y Dumont Gener.
Emp. Verás
la escena mas excelente.
Está la carta copiada,
Robinson?
Gen. Hermano::- *Abrazándole.*
Robin. Pueden
en un instante caber
las dichas que me suspenden!
Era esta, señor, la carta
para copiar? Bien merece,
que en mi corazon la imprima,
como una de las mercedes
mayores que me habeis hecho.
Esposa, hija! Mil veces
bendito sea el instante
en que mandó, que viniese
á Landau nuestro glorioso
César! Hermano, que es este
mi sobrino? Pues acaso
Enriqueta::-
Gen. No la acuerdes,
que duplicas mi dolor,
y mi amargura recreces.
Emp. Esta es Isabela tu hija
y de Matilde. Bien puedes
por su rostro conocerla,
pues tanto se te parece.
Este es Enrique mi amigo
hijo de Dumont. Ya puedes
prevenir bien tu atencion,
para oir los diferentes
caminos por donde aquí
os ha juntado la suerte:
y pues que el tardar ya tanto
Cárlos me tiene impaciente,
ven, Dumont: dexa á los quatro,
que sus sucesos se cuenten,
y colmen los gozos, que
en sus corazones tienen.
Gen. Vamos, señor. A mi Tienda
idos todos prontamente. *Vanse los 2.*
Isab. Padre mio! *Tocándole el hombro.*
Robin. Hija de mi alma!
Mad. Esposo::- *Lo mismo.*
Robin. Esposa inocente!
Enr. Tio::- *Apretándole la mano.*
Robin. Sobrino! *Los 3.* Venid
en nuestros brazos.
Robin. Quién puede
ser mas dichoso que yo,
con lo que tengo presente!
Caminando conducido de los tres.
Todos. Cielos, por tantos favores
gracias os darémos siempre. *Vanse.*
Selva corta, salen el Ayudante y el Mayor.
Ayud. Pues sí, mi Mayor: Enrique
es ya Mariscal de Campo,
como hijo del General.
Mi gozo por esto es tanto,
que sin resistencia usurpa
las palabras á mis labios.
May. Y á mí tan fausta noticia
me dexa, Aiulf, admirado.
Ah, cómo el Cielo piadoso
jamas le niega su amparo
al inocente, y castiga
los delitos del culpado!
Pero el Emperador llega
y el General.
Salen el Emperador y el General.
Emp. No descanso
hasta que Landau sea mia,

y aun no ha parecido Cárlos.
Qué hay, Mayor?

May. Hay, gran señor,
que sus delitos Ricardo
declaró; y que su malicia
motivó haber delatado
á Enrique, y no su lealtad.
El Pífano ha confesado,
que para que declarase
contra Enrique y el honrado
Pescador Roberto, fué
inducido y violentado
por su Alferez. Solo falta,
para que se empiece el acto
de la degradacion, y
el castigo, que ha mandado
vuestra Magestad se imponga
al reo, vuestro mandato.

Emp. Que se execute al instante.
El Pífano muera ahorcado,
pues seducir se dexó,
á la Religion faltando
del juramento, y por ello
llegó á ser testigo falso.
Id, y executad esta órden.
Atulf, si avisase Cárlos,
miéntras la justicia se hace,
por ti la noticia aguardo.

Ayud. Como yo acierte á serviros,
señor, dichoso me llamo. *Vanse los 2.*

Gen. El picaron del Alferez
al Pífano preocuparlo
para una maldad tan grande!
No se hallará hombre tan malo.
Pobre Enrique! Hijo del alma!
Sino habeis, señor, llegado
tan á tiempo, y tan á tiempo
no se descubre este engaño,
á estas horas está mi hijo
muerto y tambien deshonrado.

Emp. A la inocencia no falta
nunca Dios; y á los malvados
sabe castigar tremendo,
por caminos muy extraños.
Pero ven, recorrerémos
mis tropas un breve rato.

Gen Dios mio, mi corazon,
la vida y alma os consagro. *Vanse.*

La vista de la Plaza como ántes. Marcha cerca y léjos, con todos los tambores y pífanos, á cuyo compas irán saliendo los Comparsas, que representan el Regimiento de Ricardo con este órden. Primero el Capitan de Granaderos, siguiéndole estos formados de 4. de frente. Despues los Fusileros, que formarán una línea en el centro del Teatro, cerrando la marcha los Granaderos restantes, con su Capitan igualmente: estos pasarán á formar una línea que iguale con el costado de la izquierda de los Fusileros; porque los Granaderos primeros deberán haberla formado con la misma igualdad á la derecha. El Sargento Mayor y Ayudante vendrán mandando: al toque de la caxa, que señalará el Ayudante con su baston, dan vuelta las dos líneas de Granaderos á derecha é izquierda. Las banderas quedarán en la columna del medio.

May. Ayudante, que conduzcan
los Granaderos al reo.

A esta voz levantará el baston: da el Tambor de órden los golpes necesarios para que la columna de Granaderos de la derecha, dirigida por el Ayudante, empiece á marchar, como se instruirá con la voz viva. Dentro ya los Granaderos, el Mayor se pasea lentamente, diciendo:

May. Qué extraños, qué repetidos,
y qué admirables sucesos
se han descubierto este dia,
ya plausibles, ya funestos!
Pero de Enrique las dichas,
es lo que yo mas celebro,
pues siempre de su lealtad
dudé los grandes excesos,
que le acumuló Ricardo.
Pero ya llega este reo.

Oyendo el Tambor.

Vuelven á tocar marcha los tambores, que están en la escena á la señal del

Ma-

Mayor, y salen como la primera vez los Granaderos, que traerán en medio á Ricardo con su uniforme completo, á excepcion del sombrero y la espada, que la conducen los quatro Granaderos últimos. El Sargento Mayor señala con el baston el toque del Bando, que se hace, y quitándose el sombrero todos los que se suponen Oficiales y Sargentos á la voz de Por el Rey, *dirá lo que se sigue:*

Ayud. Por el Rey. Qualquiera que
levante la voz, pidiendo
gracia, se le impone pena
de la vida en el momento.

A este Bando deberán tener las armas presentadas, lo que se habrá mandado ántes.

May. Poneos de rodillas.

Al reo, que lo hace delante de las Banderas.

Ric. Ya *ap.*
reconozco mis defectos.

El Mayor saca unos papeles, y lee la Sentencia.

May. Viendo nuestro Emperador
el Gran Leopoldo Primero,
los delitos exêcrables,
los crímenes tan horrendos,
que hacer quiso, y confesó
solemnemente este reo,
MANDA sea degollado
como traidor y perverso,
porque tan justo castigo
sirva á todos de escarmiento.
Levantad. Póngasele
esa espada y su sombrero.

Esto y lo demas que mandará el Mayor, lo executará el Tambor Mayor. Y estando preparado así el reo, con el baston hace la seña, y por ella tocará el Tambor de órden un redoble largo, que es prevencion para que todos observen silencio; y hecho así, continúa diciendo al reo:

La generosa piedad
de nuestro César excelso,
os concedió, que delante
de sus Estandartes Regios
cubrieseis vuesta cabeza
con el sombrero; entendiendo
que vuestro honor os haria
digno de este privilegio.
Y ahora manda su justicia
se os quite, y tire en el suelo.

Con la seña del Mayor, lo hace el Tambor, quitándole tambien la espada á su tiempo.

Esa espada, que ceñisteis
para dexar satisfecho
(conservando vuestro honor)
al que el César os dió en ello,
permitiendoos la esgrimieseis
contra enemigos, y haciendo
su autoridad y justicia
dignas de mayor respeto,
rota por vuestros delitos
abominables y feos,
servirá de dar á todos
exemplo, y á vos tormento.

La rompe y tira.

Quítesele ese Uniforme;
pues exteriormente vemos
le equivocó con los que
dignamente le traen puesto;
y en su lugar otro infame
le cubra. Pónsele luego.

Habiéndole quitado el Uniforme, le pone una ropilla el Tambor: y encarándose el Mayor á los Granaderos dice:

La justicia del Monarca
pide, que al enorme exceso,
al delito vil de ese hombre,
se dé castigo sangriento;
y así, llévenle al instante
donde le sufra su cuerpo;
que de su alma, tendrá Dios
piedad, aunque es justiciero.

A la seña, que hace el Mayor, todos los Tambores y Pífanos tocan marcha; vuelven á formarse los Granaderos, y los demas por su órden, llevando al reo. Selva larga. Salen Roberto, Enrique, el

Ge-

General, Robinson, Madama, Isabela y el Emperador,

Robin. Como á vuestra Magestad,
gran señor, iba diciendo,
para que á mi esposa no
volviese á ver, los sucesos
de la guerra diéron causa.
A los dos años y medio
á Wormes volví á buscarla,
donde supe que habia muerto
su padre, y que de élla no
sabian el paradero.
Estas funestas noticias
me postráron en el lecho,
donde estuve otros dos años;
y recobrado al fin de ellos,
pasé á la Puerta Otomana,
señor, por vuestro precepto,
á formalizar las paces;
adonde quedé de asiento
siendo vuestro Embaxador.
Sabeis que hace poco tiempo,
que volví á Viena; mandasteis
que viniese (qué consuelo!)
con vos á este Sitio, y hallo
en él, en un mismo tiempo,
mi esposa, mi hija, sobrino
y hermano, con que con esto,
fuerza es que el gozo á estas canas,
las vuelva negras muy presto.

Emp. Prodigios tan asombrosos,
Robinson, como los vuestros,
me admiran; pero hoy ansioso,
á todos premiar deseo.
Mariscal de Campo es ya
Enrique, á Isabela ofrezco
sacar de Roma las Bulas,
para que en dulce himeneo
á su primo hermano se una,
que yo ser Padrino quiero.
Y porque tú con Matilde
consigas vivir contento,
ya eres Mayordomo mio.
Tú, Dumont, solo pretendo,
que estés á mi lado siempre.
Y la honradez de Roberto,
con darle una gran Pension,
parece que recompenso;
pues quando á un traidor castigo,
á los inocentes premio.

Todos. Nuestro amor manifestamos
rendidos á los pies vuestros.

Gen. Quien por Soberano os tiene,
qué favores debe al Cielo!

Isab. Dichosos los que obedecen
los soberanos preceptos
de un César tan generoso,
como Leopoldo Primero.

Enr. Y dichoso quien merece
por su honor y su respeto
exponer en la Campaña
su vida en culto pequeño.

Mad. Qué felicidad la mia!

Rob. Señora, y la de Roberto?

Sale el May. Ya, señor, se executó
vuestra justicia en el reo;
mas permitidme, que á Enrique
le dé un abrazo.

Tocan dentro tambores. Sale el Ayud.

Emp. Qué es eso?

Ayud. Gran señor, Cárlos pretende
hablaros.

Emp. Que entre al momento.

Vase el Ayudante.

Si se me rinde Landau,
mi gozo será completo.

Salen Cárlos y el Ayudante; aquel se dirige á los pies del Emperador, y le entrega unos papeles.

Ayud. Entrad.

Car. Gran señor, Landau,
á los Cesareos pies vuestros,
por mí se rinde. Estos son
los Artículos dispuestos
como vuestra Magestad
ordenó.

Emp. Yo los concedo
todos, generoso Cárlos,
por ti, sin llegar á verlos.
Levanta, y al Mariscal
de Campo Enrique, en tus tiernos
brazos recibe, pues hoy
adquiere por ti ser nuevo.

Car. Llega, Enrique, que tus glorias
mas que nadie las celebro.

Mad. Qué felicidad!

Robin.

Robin. Qué dicha!
Gen. Qué júbilo!
Rob. Qué contento!
Car. Y el traidor Ricardo? *Isab.* Ya
satisfizo sus excesos
con muerte infame, porque
el justo y piadoso Cielo
descubre de los traidores
los alevosos intentos,
y hace quede la inocencia,
que perseguida por ellos
fué, mas pura, mas brillante,
y con mayor lucimiento.
Gen. Para que mas se complete,
Cárlos, hoy el gozo vuestro,
porque de Enrique habeis sido
norte, luz, asilo y puerto,
sabed que es mi hijo.
Car. Qué escucho!
Gen. Sí, mi hijo. De este suceso
os informaré despues.
Emp. Y ya que ha sido tan lleno
de fortunas este dia,
para que acabe de serlo,
á tomar la posesion
de Landau vamos; mas quiero
que antes Enrique é Isabela
aseguren su himeneo
dándose mano de esposos,
hasta que lleguen á serlo.
Enr. Isabela, con mi mano
alma y corazon te entrego.
Isab. Y yo con la mia, Enrique,
alma, vida, ser y aliento.
Y si premiar la inocencia,
Público ilustre y discreto,
y castigar la traicion
ha sido de vuestro obsequio::-
Todos. Con un general aplauso
quedarémos satisfechos.

FIN.

Con Licencia: En Valencia: en la Imprenta de Joseph de Orga, donde se hallará, y en Madrid en la Librería de Quiroga, calle de las Carretas.
Año 1796.